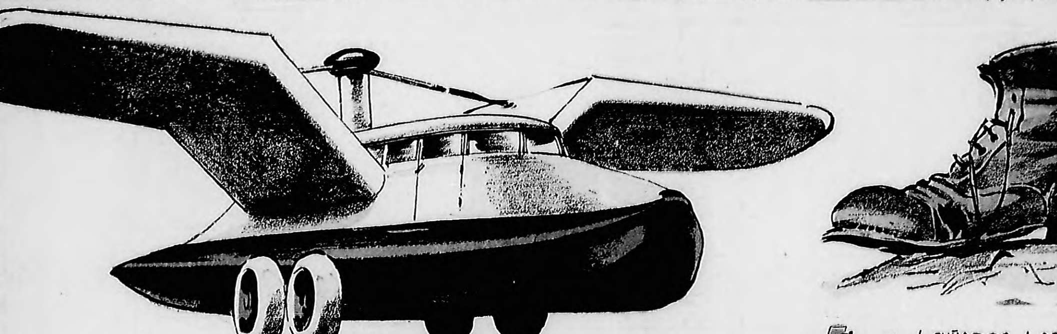
REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

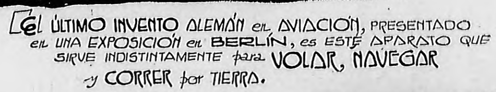
CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I — BUENOS AIRES, JULIO 21 DE 1934 — No. 50

VISTO y OIDO ★ *Los Bombardean con Botines* ★ por PREMIANI





El último invento alemán en aviación, presentado en una exposición en Berlín, es este aparato que sirve indistintamente para volar, navegar y correr por tierra.

Además de puñados de arroz, los ingleses arrojan a los recién casados un par de botines viejos, para que sean felices.

Cálculos científicos permiten asegurar que la famosa estrella que guió a los Reyes Magos era simplemente el cometa Halley.

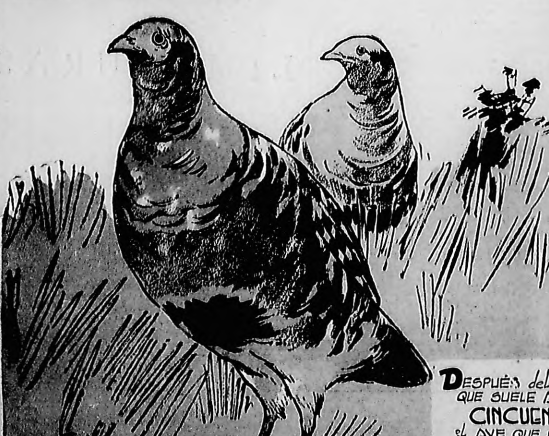




El gran músico, Brahms nunca usó corbata. Se la ahorraba con una barba larga y tupida.



A pesar de ser considerado el viernes un día nefasto, fué viernes cuando Colón zarpó de Palos, viernes cuando descubrió la América, viernes cuando emprendió el regreso a España, viernes cuando volvió en su segundo viaje y viernes cuando descubrió tierra firme.



Después del avestruz, que suele anidar hasta cincuenta huevos, el ave que pone la nidada más numerosa es la perdiz, hasta con diez y ocho.

30 PESOS VALE LA MUERTE

POR

ALEX ANDER

ILUSTRACION DE PEDRO DE ROJAS



TERMINO de leer un volumen de cuentistas norteamericanos. Había un gesto de rabia y desaliento en su rostro cuando volvió la última hoja. En realidad, todos los cuentos le parecieron magníficos.

—¡Bah! — dijo, sin embargo.

Cerró el libro con violencia. ¡Gran siete! — murmuró entre dientes. Le había gustado. Claro que le había gustado. Lo que me da rabia, pensó, es que uno no pueda...

Hizo detener el colectivo. Debió causarle mala impresión al conductor el tono con que le preguntó cuánto era.

—Veinte centavos, caballerito.

—¡Veinte centavos! El tranvía cuesta diez. Pero se vengó.

—Deme cambio de diez pesos.

—¿No tiene más chico?

—Sí, cinco.

Descendió, tras comprobar que no le había robado en el vuelto. El coche arrancó violentamente.

—¡[illegible]...!

Volvióse. Lanzó en dirección al camino que había tomado el colectivo una mirada como para horadar la carpeta. Rubricó así los [illegible] insultos mascullados.

—¡Veinte centavos! — Remedaba al gallego —. ¡Y caballerito! ¡Ca-ba-lle-ri-to! ¡Yo le v'ia...!

Cruzó la calle. Todo le daba rabia. Un desaliento general se había apoderado de su carne y de su espíritu. Se sentía débil. Impotente.

Entró en el café por la puerta giratoria. La empujó violentamente. Para colmo de males, la hoja que venía detrás de él le golpeó en la espalda, causándole un agudo dolor. Apretó los labios, pero se abstuvo de pronunciar palabra. Se contentó con pensarlas. Después se dirigió a su mesa.

—Sólo faltaba que esté ocupada, pensó.

No. No estaba ocupada. En cambio, Ismaél aún no había llegado. Se sentó. Transcurrió un minuto vacío de pensamientos. Se disponía a llamar al mozo cuando éste se acercó, trayéndole un café.

—Buenas, señor.

—¡Buenas! ¿Buenas qué? ¡Qué mozo idiota. Gallego y basta, dijo entre sí. ¿Es que estaba obligado a encontrarse con puros gallegos ese día? Primero el bestia del chófer. Ahora éste. Sólo falta que venga Magariños, volvió a pensar.

—¡Macanudo terceto! A los tres los metería juntos en...

Se acercó Magariños. Con su sonrisa pegajosa, su cigarrillo apagado adherido al labio inferior y su paquete de libros.

—¿Qué tal, amigo?

Todo seran amigos suyos, según él. Vendía libros baratos, que llevaba en un paquete envuelto en papel azul eternamente manchado de manteca y café con leche. Se creía un erudito. Citaba autores, títulos, casas editoriales. Todo con gran suficiencia, como si en verdad entendiera algo.

—Ya veo, ya. Llegó tarde, como de costumbre. ¿Qué lleva ahí?

Le mostró el libro. De buena gana le hubiera insultado. Otros lo hacían, pero en broma. El no tenía la suficiente confianza. Además, lo hubiera insultado en serio.

—"Diez cuentistas norteamericanos", leyó el otro. ¡Ah, sí! Lo tenía, pero se me agotó.

¡Qué lo iba a tener! No lo debía conocer ni por las tapas. Su desgraciado "stock" comprendía varias insulsas novelas de Delly, algunas estupideces por el estilo y, de tanto en tanto, el éxito literario del momento, fuera bueno o malo.

Una vez le había comprado un libro. Le habían hablado tanto de "Sin Novedad en el Frente", de Remarque, que se decidió a comprarlo. Le pareció apenas regular. Inferior a otros libros sobre la guerra. Leonard Franck, como autor, es mejor.

Le pagó los cincuenta centavos. Jamás le compró otro volumen ni pensó en hacerlo. El maloliente librero "comprendía".

—Usted quisiera otras cosas. Ya, ya. Usted lee "literatura". Acentuaba la palabra. Ya veo, ya. Pero el público es muy bruto. Resultaba cómico oirle decir eso precisamente a él. Uno tiene que vivir, continuaba. Hay que vender porquríaes.

Era evidente que él jamás había leído malo ni bueno. Pero ¿a qué discutir?

—¿Me da fuego?

Le alcanzó su cigarrillo. El otro lo tomó entre sus temblequeantes dedos, y encendió el pucho. Después de agradecerle, se fué.

Tiró el cigarrillo, con asco y rabia. Siempre sucedía lo mismo. Magariños no se conformaba con pedir fuego. Apretaba el cigarrillo ajeno entre sus inmundas manos, antes de devolverlo. Jamás había podido seguir fumando después. Le repugnaba.

Con todo, pronto desapareció su rabia. Le invadió, en cambio, una pena suave, una dulce tristeza que casi le hizo llorar. Sentía compasión de sí mismo. Se sabía, o por lo menos se creía tan desgraciado, que sentía lástima de su propia persona. Eso mismo solía ocurrirle otras veces, pero nunca con tanta sinceridad. Debió hacer esfuerzos para evitar que le saltara una lágrima. Bebió lentamente su café, encendió un nuevo cigarrillo, y se puso a pensar.

En realidad, no había otro remedio. En largas sesiones de soledad, encerrado consigo mismo en los nueve metros cuadrados de su altillo, había tenido tiempo de analizar concienzudamente su situación. Todas sus posibiliaddes de felicidad habían desaparecido. También eso lo había resuelto en prolongados soliloquios transcurridos entre media noche y la salida del sol, envuelto en el humo del cigarrillo o de la pipa, recostado en su cama. De nada sirvieron los llamados a la buena voluntad y al sentido común que le hiciera la almohada en las interminables horas de sueño frustrado. Había tenido en consideración — así creía al menos — todos los pros y los contras que cabían a su situación. Y estaba firmemente resuelto a poner fin a todo.

Sí. Había determinado suicidarse. No veía otra solución, desde que Ismaél le sugiriera ,en broma, que debía hacerlo, poco más de un mes atrás. Antes nunca lo había pensado. Cuando Ismuel se lo dijo, sonrió como quien ya lo hubiera decidido mucho antes. Pero no era así. Fué después, al volver a su casa, que empezó a hacerse carne en su mente la macabra idea. Un mes de soledad, de análisis y de insomnio lo habían decidido. Se suicidaría.

Una de las bolas del billar cercano saltó fuera de la mesa, y distrajo su atención. Los que jugaban eran más o menos conocidos suyos, como la mayoría de los clientes del café. Desde hacía mucho tiempo, todas o casi todas las noches, a la misma hora, venía a sentarse en esa mesa en compañía de Ismaél o de algún otro muchacho. Eran viejos amigos del dueño. Este solía acercarse a ellos. Los llamaba "mis mejores clientes". No porque gastaban demasiado. A veces se pasaban toda la noche sin pedir más que dos o tres cafés cada uno. Pero Rodríguez sabía, en cambio, que tanto él como Ismaél eran "literatos" o algo así. Solía decírselo a algunos clientes, con cierto orgullo. Además, Ismaél le había dicho una vez que no podía inspirarse si no escribía en papel con membrete del café "Las Flores". Con eso logró congraciarse con el dueño y procurarse gratuitamente papel. El otro se lo facilitaba gustoso y hasta honrado de poder hacerlo. También solía jugar al billar con Ismaél, y aunque siempre perdía, Rodríguez se consolaba diciendo:



—Es que usted juega con mucha inteligencia. Para eso es literato.

Sonrió. Su sonrisa duró muy poco, y no fué más allá de los labios. No estaba con ánimo para sonreir verdaderamente, con ganas.

Entró Ismaél. Tenía cara de contento. Habrá hecho un buen negocio, pensó Adolfo. Le fastidiaba bastante su amigo, desde que se había recibido de abogado.

Ahora le molestaba, por ejemplo, el tono de suficiencia que usaba para decir cualquier cosa, por estúpida que fuese. No es que lo hubiera adquirido junto con el título. Siempre hablaba así, incluso cuando podía hacer algún favor. Pero antes era menos agresivo.

—¿Cómo te va? — Le dió la mano. Hacía más de un mes que no lo veía. Desde aquella conversación en que le había sugerido, bromeando, que se suicidara. Ismaél se fué a Montevideo, donde, según le escribió, estaba gestionando el divorcio de una dama copetuda que, "en un momento de inconciencia", según ella misma declarara, había contraído enlace con un aventurero borrachín que le engañó diciéndole que era vizconde. Al tal aventurero parece que le sentaron los aires de esta tierra y los millones de su copetuda esposa. Se resistía a concederle el divorcio. Ella lo anhelaba, para poder casarse con un bailarín profesional al que conoció en un "dancing" nocturno. Le prometió a Ismaél el oro y el moro si lograba separarla legalmente de su aprovechado marido. A eso había ido él a Montevideo.

—Parece que estás triste, dijo Ismaél. ¿Qué te pasa?

No le pasaba nada. Por lo menos, a nadie interesaba lo que a él podía pasarle. Se contentó con decir: Nada. — Después preguntó:

—¿Qué tal, el asunto de la vizcondesa y el bailarín?

—Ahí están, — respondió el otro. Ella se divorció, pero parece que ha renunciado a casarse con él. Ahora le gusta otro, no sé quién. En cuanto al vizconde, aceptó cien mil pesos, concedió el divorcio, y se fué al Brasil, no sé para qué.

—¿Así que el beneficiado...?

—Necesito treinta pesos, se limitó a decir. Y tengo sólo nueve ochenta.

—¿No te pagan en el diario?

—Muy mal. Se han atrasado en casi tres quincenas.

—¡Hubieras dicho, hombre!

Sacó la cartera. Era la primera vez que Adolfo lo veía usar cartera. La compré en Montevideo, explicó. Tiene guarniciones de plata, y está fabricada en cuero del mejor. ¿Y sabes cuánto me costó? Asómbrate: ¡Un peso y medio oro uruguayo!

Sacó un billete de cincuenta pesos. Bromeó: ¿Tenés veinte pesos de vuelto? Y se lo dió en seguida, para que no creyera Adolfo que le decía en serio.

Este no sabía si era por alarde que aquél lo hacía, o porque sí nomás. Pero se guardó los cincuenta pesos.

—Me los devolverás cuando te recibas — dijo Ismaél.

¿Había ironía en sus palabras? Adolfo se resistía a creerlo. Debía ser un chiste, simplemente. Toda su tragedia consistía en eso, precisamente. En poder recibirse. No por falta de dinero. El médico le había prohibido estudiar. Habían cursado juntos el nacional. Juntos ingresaron en la Facultad de Medicina. Al cabo de dos años, Ismaél le propuso un día dejar medicina para estudiar derecho.

—En La Plata se puede terminar la carrera en dos años — le dijo. Además, los profesores son mucho más benévolos. ¿Qué te parece? Robles se recibió hace poco. ¿Te acordás de Robles?

Lo había convencido. Por lo demás, medicina no le satisfacía demasiado.

—Aquí sólo progresan los que tienen plata, como médicos. En cambio, para progresar como abogado hay que ser inteligente.

Ellos eran inteligentes. Se habían inscripto en La Plata, y hasta Constitucional dieron examen juntos, con buen resultado. Después empezó a sentirse mal, y a no poder estudiar. Consultó a un médico. Le dijo una serie de cosas. En esencia, que era conveniente que abandonara los estudios, al menos por un tiempo. Tenía cierta debilidad mental, que el médico atribuía a causas que él no entendía muy bien. Así fué que Ismaél continuó dando exámenes, y hacía un año que se había recibido. El, en cambio, no volvió a rendir desde que obtuvo aquel distinguido en Constitucional. Habían pasado más de dos años desde entonces.

Afortunadamente, podía trabajar. Obtuvo un puesto en uno de esos diarios que salen a medianoche, se venden a la madrugada y se titulan diarios de la mañana. Tenía a su cargo la sección Telegramas del Exterior. Recibía dos cables en sobres enviados desde la agencia, les quitaba todo aquello que contenían de tendenciosos o comprometedor, los titulaba y después armaba la página en el taller. Ese era su trabajo, y por ello le pagaban 150 pesos mensuales ,aunque no muy puntualmente.

Ismaél no le preguntó para qué necesitaba el dinero. Por lo demás, no podía decirse que en realidad fuera un préstamo, sino una devolución. Muchas veces debieron ayudarse mutuamente en tiempos en que estudiaban juntos. Haciendo cálculos, resultaba que Ismaél estaba en deuda con él, que merced a sus relaciones tenía más facilidad para colocar colaboraciones en diarios y revistas. Era "el más rico" de los dos. Algunas veces debieron ir a pie desde Flores hasta la estación del Ferrocarril Provincial, en Avellaneda, para que les costara menos el boleto a La Plata. Pero cuando Adolfo tenía dinero, ambos lo usufructuaban.



—El beneficiado soy yo, — dijo sonriente Ismaél. Ahora puedo descansar tranquilamente un par de meses.

Desde el primer momento lo notó. Adolfo no podía asegurar cuánto, pero era indudable que su amigo había ganado muchos miles con ese asunto, que empresas especialmente dedicadas a ello resuelven por la modesta suma de seiscientos u ochocientos pesos.

—¡En fin; allá él y su dinero!

Pero le alegraba que Ismaél hubiese ganado plata. Cuando se enteró de su regreso, en seguida pensó en pedirle unos pesos. Aspiraba con ellos a resolver definitivamente su situación. No porque su problema fuera de índole económica. Es que, decidido a suicidarse, e incapaz de arrojarse bajo un tren o a las aguas del Riachuelo, creía que un balazo era el método más cómodo y más rápido de poner fin a su existencia. Le pediría treinta pesos para comprar un revólver.

—¿Qué tal Montevideo? ¿Visitastes el cerro?

El nunca había estado en Montevideo. Por lo demás, tampoco le interesaba cómo era la capital uruguaya, ni si Ismaél había visto el cerro. Pero esperaba el momento oportuno para pedirle los treinta pesos y quería hablar de algo mientras tanto.

Ismaél empezó a hacerle un relato de las cosas vistas de los lugares visitados. No le prestó demasiada atención. Parecía que se había divertido en grande durante el tiempo que estuvo gestionando el divorcio de la ex vizcondesa. Además, había hecho una serie de compras ventajosísimas.

—No te imaginás — alcanzó a oír — lo barato que es la vida en Montevideo. Por lo que aquí podés comprar apenas un mal traje, allá te vestía de pies a cabeza. Si alguna vez te decidís a ir allá, no dejes de visitar la tienda...

¡Idiota! ¿Para qué querría él visitar tiendas, ahora que tenía resuelto suicidarse? Sólo un negocio le quedaba por visitar. La armería, que quedaba a la vuelta. Había visto allí unos lindos revólveres por veintiocho pesos con cincuenta, con una carga completa. El sólo usaría una bala. Estaba seguro de no errar. Ya lo tenía pensado. En la sien. Aquí. Frente al espejo, había señalado con el dedo el lugar en que se pegaría el balazo, e incluso había ensayado usando el índice como cañón y el dedo mayor como gatillo. ¡Pum! Y se acabaría todo para siempre.

Debió notar Ismaél que le pasaba algo raro, porque insistió.

—Che, a vos te pasa algo. Creí que por lo menos me abrazarías después de verme tanto tiempo. Y te quedás callado.

¿Qué necesidad tenía él de hablar? No diría a nadie una palabra. Al principio había pensado en un suicidio espectacular. No por la forma de llevarlo a cabo — se pegaría un tiro en la sien, sencillamente — sino por cómo daría cuenta de él. Escribiría él mismo la crónica del suicidio, y la nota necrológica, y la enviaría por correo al diario en que trabajaba. Aspiraba con ello a vengarse de la vida, que tan duramente lo había tratado en sus veinticinco años de ambular por ella. Pero después resolvió que era una idiotez. Se insultó grandemente por su costumbre de hacerse el interesante, hasta en la hora suprema de abandonar el mundo. Pensó que hasta para vengarse de la vida era mejor una muerte silenciosa. Así verían todos lo poco que le importaba vivir o no. Se mataría tranquilamente, a conciencia. Tan tranquilamente y tan a conciencia como había adoptado su determinación.

—¿Necesitás algo? — preguntó Ismaél. Decilo nomás.

Necesitar. Algo necesitaba, sí. Paz. Tranquilidad. Los treinta pesos para comprar un revólver, con el que conseguiría aquéllas.

—Dentro de un rato me llamarán por teléfono, le anunció Ismaél. Ya le advertí a Rodríguez.

Acostumbraban hacerlo. Habíanle dado el número a algunos conocidos. Estos los llamaban al café. El mismo Rodríguez les gritaba desde el mostrador. Llamaba al interesado al mismo tiempo que hacía con la mano un gesto como de dar vuelta una manivela. Significaba: teléfono. Así le había anunciado Ismaél su llegada, el día anterior.

Charlaron todavía un rato. Hasta que sonó la voz de Rodríguez.

—Señor Dalman — gritó, acompañándose del consabido ademán.

Ismaél se levantó. Espérame un momento, dijo. Quizá vayamos juntos al centro.

—No, tengo que hacer, respondió Adolfo. Pero el otro no alcanzó a oírle.

Mientras duró la conversación telefónica, Adolfo se puso a analizar una vez más su situación. Tenía cincuenta y nueve pesos con ochenta centavos. Podía usarlos a su gusto. En otras circunstancias se habría comprado la victrola que aspiraba a tener desde hacía mucho. Pero no podía. Tenía que suicidarse. Hubiera sido original, pensó, llegar a su pieza, poner un disco en la victrola — "Saint James Infirmary" o "Madiana", cantado por Josefina Baker, por ejemplo, para pegarse un tiro mientras se desarrollara la melodía.

Recordó la última visita que hizo al médico. Era un psiquiatra famoso, director de un instituto para enfermedades nerviosas y mentales, conferencista y catedrático, que por simpatía lo atendía sin cobrarle un solo centavo. En esa última visita, Adolfo le preguntó, ansiosamente, si alguna vez podría reanudar sus interrumpidos estudios.

—Por ahora es prudente no hacer desgastes, — le dijo el médico. Sin embargo, si continúa tratándose, posiblemente el año que viene...

★

¡El año que viene! Mentira. Bien veía él que el doctor se lo decía para consolarlo. Nunca podría volver a estudiar. Tenía la seguridad.

Los comercios estaban aún abiertos. Era tarde ya para ir al diario. Poco le importaba, en todo caso, que fuera o no. El nunca volvería a recibir telegramas, ni a titularlos. En cambio, Lazarte debería titular la noticia de su suicidio, que el secretario en persona — de eso tenía la seguridad — iba a escribir. No iría a la sección Policía, seguramente, como cualquier suicidio vulgar. Quizá fuera en primera página, con los asuntos del día. "Una tragedia íntima llevó al suicidio a uno de nuestros mejores redactores". Sonrió con cierto orgullo. "...uno de nuestros mejores..." ¡Claro que lo era! La sección Telegramas se le confía sólo a un tipo de criterio e inteligencia reconocidos. Con todo, estaba harto de recibir y titular cables. Le gustaba hacer policía. Allí — de tanto en tanto se le presentaba una oportunidad — podía desplegar sus altos valores imaginativos y literarios. De tener a su ergo esa sección, encararía los asuntos de acuerdo a su exclusivo criterio, sin consultar a nadie, situándose en cronista-detective. Como en Norte América.



¿A cuántas columnas iría la noticia de su suicidio? ¿A dos? ¿A tres? Pondrían una fotografía, seguramente.

Ismaél volvió. Tengo que ir al centro, le dijo. ¿Me acompañás?

—No puedo.

—¿Tenés franco hoy?

—Sí, — mintió. Pero tengo que hacer. Andá solo.

—Bueno ,chau.

Pagó y se fué. Adolfo recogió los cigarrillos. Saludó con un gesto a Rodríguez, y salió, con su libro bajo el brazo. Se sentía tranquilo. No tenía ningún apuro. Tampoco le tenía miedo a la muerte, como para apresurarla en unos cuantos minutos. Llegó a la esquina. Dobló hacia la derecha. El negocio quedaba a mitad de cuadra. Desarrollaba actividades múltiples. Había radio, fonógrafos, revólveres, escopetas y relojes. También había un taller de afilación. Un gran cartel luminoso, ya encendido, anunciaba su existencia.

Entró. Le pareció conocida la cara del vendedor. Hasta que lo atendieron, se entretuvo mirando las vitrinas. Al cabo de un rato, se acercó el dueño.

—¿Qué desea, mocito?

¡Mocito! Lo miró, indignado. Claro. Se parecía al chófer del colectivo. Ahora lo advertía claramente. ¡Con razón le resultaba una cara conocida! Quizás fuera el hermano de aquél. Sólo que no era gallego.

—¿Qué deseaba? Lo aplastaría con la imponencia de su pedido. No deseaba, por supuesto, un paquete de hojas de afeitar. Ni un despertador. Deseaba otra cosa.

—¿Cuánto cuesta este revólver? — Señaló uno, negro, lustroso, en una de las vitrinas.

El vendedor lo tomó entre sus manos, con cuidado. Miró una tarjeta con letras misteriosas escritas en uno de sus lados. Hizo unos cálculos mentales. Después dijo:

—Setenta y dos pesos.

—¿Cuánto? Más bien lo pensó que lo dijo. Pero lo hizo en voz alta. El otro lo miró, extrañado.

—Setenta y dos pesos, repitió. Es barato.

El médico le había dicho a Adolfo que el año siguiente podría reanudar sus estudios, si se cuidaba. El tenía cincuenta y nueve pesos. El revólver costaba setenta y dos.

—Es mucho, dijo.

—Tengo otros más baratos, contestó el vendedor. Y se dispuso a mostrárselos.

—No, dijo Adolfo. Me gusta ese. Y señalando una victrola, preguntó:

—¿A cómo vende esa victrola?

Sin vacilar, contestó el otro:

—Treinta y ocho pesos, con cinco discos a elección.

El médico le había dicho que seguramente el año próximo podría volver a estudiar. El tenía cincuenta y nueve pesos, y la victrola se vendía en treinta y ocho, y todavía daban cinco discos, a gusto del comprador.

Se sintió casi contento, de repente. ¿Podría mandarla a mi casa? — preguntó casi sin pensarlo.

—Cómo no, señor.

¡Señor! Estaba reivindicado. Antes le había dicho mocito. Pero él no deseaba un paquete de hojas de afeitar. Ni un despertador. Deseaba una victrola, y que se la mandasen a su casa, pagando por adelantado. Era un señor. Además, el médico le había asegurado...

Pagó sonriendo, y se dispuso a salir. Lanzó una exclamación. El choque era inevitable. El camión marchaba a excesiva velocidad. El tranvía se detuvo de golpe. Pero el camión se le iba encima. Volvió a entrar al negocio. Un gran estrépito de vidrios rotos, primero, y algunos ayes, después, confirmaron la violencia de la colisión.

—¿El teléfono, por favor?

Cómo no, señor.

¡Señor! ¡Señor! El vendedor corrió hacia la calle. Adolfo llamó. Le respondieron en seguida. Con el secretario, rápido, por favor. ¿Hortal? Habla Morano. Mande en seguida un fotógrafo a Rivadavia al siete mil. Sí. Un choque violentísimo. Creo que hay muchos heridos graves. Tendremos la primicia. Las sextas ya no alcanzarán a darlo. Yo le haré la nota.

Salió. Sonriendo, se acercó al lugar del hecho. Acababan de llegar dos agentes de policía. Había muchos curiosos.

—Periodista, — dijo. Y se dispuso a averiguar los datos.

★

LIMADURAS

UN insigne latero le dijo una vez a James Whistler: "Hola, Whistler, hoy pasé por su casa".

"Gracias, señor, gracias", replicó Whistler con fervor.

★

Hace algún tiempo un ladrón fué arrestado in f[illegible]anti en la residencia de una señora de Wáshington; en una comida, poco después, ella refirió el caso al juez Oliver Wendel Holmes.

"Fuí derecho a la cárcel a conversar con el ladrón", decía con toda buena fe. "Le dije que su modo de vivir era aborrecible y cuánto más feliz sería si se reformaba. Le hablé durante dos horas".

—"Pobre hombre", murmuró Holmes. "¡Pobre hombre!"

★

Cuando el naturalista Thoreau estaba por morir, una tía piadosa le preguntó con gran interés:

"¿Qué has hecho, Enrique, para estar en paz con el Señor?"

"Yo no sabía que estuviéramos disgustados", fué la respuesta.

★

ECONOMIA: El modo más aburrido de malgastar la plata.

★

Una autoridad en el modo de conducirse al comer choclos, dice: Hay que atacarlos con el mínimo de ferocidad.

★

Las mujeres guardan un secreto de dos maneras: O no vale la pena guardarlo, o es demasiado bueno para guardarlo.

★

En los ferrocarriles hay dos clases: una, la primera; otra, con niños.

★

Ciertas personas piensan que el genio es hereditario y otras no tienen hijos.

★

¿Es usted soltero o preocupado?

★

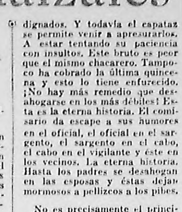
Un calvo tiene menos pelo que peinar, pero más cara que lavar.

Una Batalla en los Maizales

POR

ROMULO RODRIGUEZ ZELADA

ILUSTRACION DE SORAZABAL



LA llovizna cae en forma de gotitas que flotan en el aire tomando colores irisados al ponerse en contacto con los rayos del sol de mayo, que apenas consiguen trasponer los densos nubarrones que cubren el cielo a menos de un centenar de metros de altura.

La tierra removida se ha convertido en barro semilíquido por la garúa que cae casi de continuo desde hace días y los centenares de pies que se mueven entre los surcos del desmesurado maizal, que los hombres están desmantelando. Los cuchillos suben y bajan con furia. Cada obrero lleva en una mano una bolsa de arpillera que se va hinchando de relucientes mazorcas, mientras con la otra esgrime el cuchillo o la aguja. Los golpes caen certeros sobre las plantas y la espiga queda entre las manos, que, mecánicamente, la pelan, arrojando a la distancia la crugiente chala.

Trabajan hombres de todas edades, mujeres y criaturas que recién han conseguido adoptar la posición de bípedos. El agua y la transpiración chorrea por los rostros e impregna las ropas. Los trabajadores actúan en silencio. Sólo de rato en rato estalla algún juramento ahogado por el dolor, cuando una mano ha sido rajada por el canto filoso de una hoja de la planta. Pero nunca se le da mucha importancia a la herida. La sangre gotea unos instantes, pero no tarda en coagularse. Tampoco impide que el que la haya sufrido continúe su labor.



Una de las cuadrillas de peladores trabaja dentro de una hondonada que desciende entre dos montecitos con la suavidad de una tela floja. Los surcos allí están convertidos en innumerables acequias. El agua estancada apesta y ha llenado el lugar de plagas de mosquitos que agujerean ensañadamente la piel de los rostros y de los brazos. Hay que pelar la chacra antes de que comience a pudrirse. En trechos las plantas ya se han inclinado entrecruzándose. Parece una enredada madeja de tallos y hojas, a través de la cual es difícil moverse.

El trabajo se está realizando con rabia. Algunos peladores actúan como enloquecidos. Tiran hachazos a diestra y ziniestra inconscientemente. Sólo por un milagro los machetes no dan sobre la cabeza o el hombro de un compañero de trabajo.

El capataz del campo se halla presente para apresurar la recolección. Es un hombre aún joven, de aspecto brutal. Su mirada dura apenas se descubre tras la negra maraña de las cejas y los cabellos que le caen sobre la frente. Grita implacablemente, mientras gesticula y hace ademanes incongruentes:

—¡Vamos vos! ¡Más rápido! ¡Aquí hay que pelar hoy!...

Las alpargatas se entierran en el lodo. No conviene quedarse quieto, porque entonces las piernas se van hundiendo como en un pantano. Hay que estar en continuo movimiento. La cuadrilla parece una compañía de infantería batiéndose desesperadamente con enemigos invisibles. El ritmo de la labor se torna infernal. Sin embargo el capataz sigue gritando:

—¡No sean "mano e lana"! ¡Hijos de perra! ¡Apúrense!..

Es de las últimas cuadrillas que quedan trabajando en "La Candelaria".

Cuando empezaron la recolección eran ochocientos hombres. Son en estos momentos no más de doscientos. Los más han sido despachados poco a poco. Se fueron como vinieron. Con los bolsillos sin un cobre. A algunos ni les fué entregado el pasaje de vuelta. Se les alejó de la localidad y una vez en campo raso, la policía los desbandó a talerazos. Las bandas de hambrientos cerca de las poblaciones siempre constituyen un grave riesgo para los vecinos que comen todos los días y duermen bajo techo.

Los que quedan, en su mayor parte son gente del lugar o de las zonas vecinas. Familias enteras trabajan en los maizales. Madre, padre y pibes. Todos esgrimen el cuchillo y pelan las mazorcas con igual conciencia.

Los jornales de las últimas cuadrillas se han reducido aún más. Lo de los 2.50 diarios, no era más que un cuento chino. Veinticinco centavos la bolsa repleta, es lo que se les pagó en un principio.

Trabajando de estrella a estrella, los más activos y prácticos, cuanto más, llegan a enterar doce bolsas. El término medio es de diez y ocho. Los que quedan trabajando sólo cobran quince centavos por bolsa. Cada bolsa contiene aproximadamente unas setecientas mazorcas Y para echar a ella setecientas mazorcas, hay que haber dado setecientos machetazos justos y luego arrancarles la chala. Al final de cada jornada es difícil que las manos no sangren y que las piernas no estén entumecidas por el frío y la humedad. El reuma hace estragos en los maizales. Durante la noche, debajo del cobertizo de paja que antes servía para guarecer los animales enfermos y ahora se usa de dormitorio para los braseros, se escuchan lamentos simultáneos como si se estuviera en un hospital. Muchos de los enfermos son flojos y lloran de dolor, invocando el nombre de la madre. Esto es muy triste, pero cuando se tiene el cuerpo hecho pedazos de cansancio, no priva el sueño.

"¡Mejor sería morirse!" — dicen muchos. Por supuesto que no son los más jóvenes. Ellos, por el contrario, se tornan rebeldes. De estos infiernos salen los terribles agitadores que alimentan todas las cárceles.

Las últimas cuadrillas llevan cuatro semanas sin cobrar jornales. Ya tres veces estuvo con los peladores el arrendatario del campo y les prometió pagarles en seguida. La última vez los operarios sintieron ganas de lincharlo. Pero se desanimaron ante su triste aspecto. No se diferencia mucho de ellos. Sus ropas son tan andrajosas y su rostro preocupado como el de sus esclavos.

Los acopiadores demoran en girarle el valor de sus envíos. El hombre realmente no sabe qué hacer. Se pasa las noches en vela. No tiene más remedio que apelar a la mentira y fingir energía para dominar a la peonada. La lucha lo ha vuelto crápula. Ha trabajado todo el año para que el resultado sea este. Y lleva catorce años en la misma forma. Mejor dicho, no en la misma forma, porque antes todos estos campos eran de su propiedad y actualmente los arrienda a sus acreedores. Pero, como es más fácil ser injusto, el chacarero se desahoga con sus peones y no contra sus espoliadores.

Olvida quizá que la injusticia no puede aguantarse toda la vida. Cuando llega al colmo, hasta los más sumisos se tornan implacables. Las últimas cuadrillas de "La Candelaria" ya están hartas. Pese a la reserva que se intentó guardar circula el rumor entre los braseros de que a los camaradas despachados anteriormente no se les pagó los últimos jornales. ¿Quiere decir entonces que estamos trabajando gratis? — se preguntan indignados. Y todavía el capataz se permite venir a apresurarlos. A estar tentando su paciencia con insultos. Este bruto es peor que el mismo chacarero. Tampoco ha cobrado la última quincena y esto lo tiene enfurecido. ¡No hay más remedio que desahogarse en los más débiles! Esta es la eterna historia. El comisario da escape a sus humores en el oficial, el oficial en el sargento, el sargento en el cabo, el cabo en el vigilante y éste en los vecinos. La eterna historia. Hasta los padres se desahogan en las esposas y éstas dejan mormosos a pellizcos a los pibes.

No es precisamente el principio de justicia el que rige la vida. Los más fuertes abusan de los débiles. Desde la edad de piedra no ocurre otra cosa. El pez grande se traga al pez chico, y el pez chico se traga las pequeñas larvas. Sin embargo este exceso de injusticia no deja de ser útil. Constituye el motor propulsor de la humanidad. Siempre los débiles, a fuerza de aguantar, terminan rebelándose. Entonces los valores se invierten.

Ya hace muchos siglos que Tucídides pensaba que la única importancia que tienen los conocimientos históricos, es de "conocer la verdad sobre el pasado,a fin de prever el porvenir". Quizá la mayor parte de los estadistas hayan leído a Tucídides y a M. Prevost-Paradol, pero ninguno, ni por casualidad, intenta seguir sus teorías. Para todos, el garrote y la cárcel, cuando no la horca o la guillotina, siguen siendo el mejor remedio para mantener el orden público. Los pueblos aguantan un año, una década y a veces hasta siglos, pero siempre terminan enceguecidos por el odio y encantados de usar contra sus ex gobernantes las máquinas y organizaciones con las cuales mantenían su sumisión mediante el terror. La historia sigue siendo una sucesión de ejecuciones. Quizá sería muy útil escribir un día la historia de todos los mandatarios — la mayor parte -- que terminaron su poder en el cadalso.

★

Uno de los braceros no ha podido aguantar más las insolencias del capataz. Este acaba de derribar de un empellón a uno de sus pequeños hijos, porque involuntariamente le estorbaba el paso. Indignado el padre, en vez de cruzarlo con el cuchillo, ha optado por pegarle con la bolsa de mazorcas tendiéndolo en tierra. El capataz se ha puesto de pie, furioso. Es mucho más fuerte y grande que su agresor, quien se acurruca amilanado. Lo va a aplastar de un puñetazo. Pero ya otro de los peladores se ha interpuesto entre ambos hombres. Resueltamente le mantiene de los brazos, pidiéndole que no castigue a su camarada. El capataz por toda réplica le pega con la mano abierta en el rostro, haciéndolo trastabillar.

—¡Tomá, para que no te metas en asuntos ajenos!... — le dice.

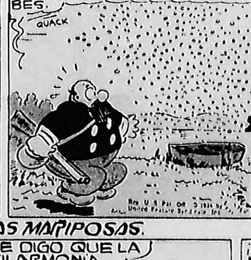
Intenta seguir insultándolo, pero un tercero ya se le ha prendido del cuello. Los demás peladores también lo han rodeado y le aplican golpes por todos lados.

El capataz ahora se siente débil ante el número de sus adversarios. Se pone en fuga. Da la espalda a sus atacantes y corre desesperadamente a través del campo. Pero los peones están enardecidos. Demasiado lo habían estado aguantando. Lo odian desde hace mucho rato. Era el encargado de los pagos y de continuo les trapisondeaba algunos centavos de los jornales. ¿Cómo no se van a dar el gusto de romperle una costilla? Le persiguen arrojándole toda clase de proyectiles. El fugitivo cae dos o tres veces y vuelve a levantarse. Sus perseguidores terminan por alcanzarlo y lo rodean de nuevo. Le caen puñetazos y puntapiés a granel. Ahora es el capataz la víctima. Da compasión verle revolcarse dolorido por el suelo, sin que sus atacantes le den tregua. Los pies le aplastan los riñones y el rostro. Ha perdido el conocimiento. Recién aquéllos lo dejan, tendido como un guiñapo en medio de la chacra.

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, *por Dirks*









EL TIO DE LAS MARIPOSAS









EL TOBOGAN FANTASTICO









LA CIGUEÑA DEL CAMPANARIO









GAUCHO NEGRO



LLOVIA torrencialmente cuando los perros notaron la presencia de Flavio en la tranquera. Regresaba a la estancia después de una ausencia de larga duración. Todos podían conceptuar trivial el hecho, menos don Roque Segovia, que tenía sus motivos personales para sentirse vivamente impresionado con la inesperada visita de aquel difunto... Costábale a don Roque gran violencia disimular su asombro, y más arduo esfuerzo pensar que Flavio Segovia, el antiguo esclavo de su padre, vivía aún, siendo que él hacía años de años considerábale devorado por los roedores y caranchos del desierto:

—¡Pero, es creíble, Flavio! ¡Ah, mandinga...! ¿Cómo es que resollás tuavía?

El hombre de color permanece en actitud militar, parado frente a don Roque, mientras el agua le chorrea por el gris cabello lanoso, por la visera negra del rojo kepí, la deshilachada chaqueta azul, el chiripá colorado y las resobadas botas de pierna de puma. Tras una breve pausa, dice sencillamente, en su ya clásica media lengua:

—¿Ha visto su melcé? Tolavía no me han muelto, a Dios glacias...

—¡Ya veo! Y, decime, ¿áura de ande venís?

—De la flontela... Tuve en un piquete.

—¿Enganchao?

—Algunas veces... También juí de la mazolca. Ultimamente taba al selvicio del colonel Bayos.

—Y te desertaste.

—No, amo; me han dao de baja... Polque si yo šeguía en el piquete, asigún el colonel, plonto no quedalía un salvaje contla quien diligil las opelaciones de campaña.

—¿Eso te dijo el coronel Barros.

—Sí pué, eso mesmo me asiguló.

—Entre broma y serio el coronel no te ha dicho más que la verdá... Ya me figuro los bárbaros que habrás degollado en tantos años de frontera y de mazorca...

—No quielo alabalme, pelo, qué diantle, rijuntando las cabezas de los helejes y los clistianos que he coltao, se podían yenal algunas cayetas.

Y al evocar los degüellos, las "muertes gauchas" que ha perpetrado bajo distintos cielos y climas, una sonrisa feroz — tal vez la del antropiteco — dilata sus labios gruesos y caídos, imprimiendo a los horizontales ojos cierta animálica fosforescencia, al par que un movimiento espasmódico a las salientes mandíbulas, y que parece extenderse a la platirrina nariz, a la estrecha frente y a la piel negro opaco que cubre su cara angosta y larga. Naturalmente que el ojo avezado del naturalista, bajo el cráneo dolicocéfalo, en la renegrida faz, vería transparentarse el alma negligente, cruel, astuta, laxa, del hombre del bosque que, si bien sospéchasele un carácter maleable, posee a la vez una peligrosa mansedumbre. Pero, ¡tan lejos estaba don Roque de vislumbrar el ser anímico de su ex esclavo! Su progresiva miopía intelectual no le permitía jamás aventurarse más allá del hombre externo. Simplista, practicaba el culto de los falsos héroes. De ahí que la razón del hombre blanco se rebajase hasta el nivel de la del negro, frecuentemente. Nadie hubiérase atrevido a afirmar en su presencia, invocando la autoridad de sabios en la materia: que el alma del negro es sensible e impresionable... Y por su inferioridad racial y enue poder mentativo, se equipara al niño, siendo como éste sensible al trato afable y capaz al mismo tiempo de llegar a la gratitud y la abnegación. Mas, por carecer de reflexión, fácilmente también cae en el rencor vengativo y tórnase cruel y sanguinario. Como a la vez, pocos ignoran que en su medio selvático practica la hechicería y el fetichismo más repugnantes y grotescos, al par que cree en la fatalidad y en el destino. Donde se explica que predominando en él el instinto y el sentimiento, cambia tan fácilmente el país nativo por el de adopción.

País de segunda mano... Porque, patria él no conoce... Entiéndase bien: patria tiene el genio moral e intelectual, el hombre superior y el hombre de bien. País, área de dispersión, tienen los espíritus inferiores, entre los que se destacan los profesionales del patriotismo...

Sin embargo, para don Roque, el ex esclavo constituía algo así como una viviente reliquia, un caso ejemplar de virtud patriótica, un ser emparentado a todos los excelsos heroísmos, en fin, un bello producto de las mitologías políticas de los tiempos fastuosos. Tiempos de declaraciones hiperbólicas... Naturalmente, idólatra del héroe en su expresión más burda, alimentaba un gran menosprecio por todos los hombres cultos que no olieran a pólvora y masacre. Y es posible reaccionara violentamente contra el iluso que se permitiera espectarle un monólogo como el que sigue.

—Está usted en un grave error, señor Segovia. El hecho consumado, las acciones, poco importan... Lo esencial es el móvil, el resorte íntimo de esas acciones. Nuestra Historia... bueno... Pero, ¿es que ya se ha escrito Nuestra Historia? Cuidado, señor, he ahí el tremedal... Encaminemos nuestros pasos a la tierra firme, hacia el lugar común ... que es tierra de verdad y no suelo fofo de mistificaciones. Tomemos un héroe común, del montón... ¿No ve, don Roque? Fuimos a poner las manos sobre su héroe particular, Flavio. Bien, ¿qué importa que haya sido un auténtico esclavo, si en moneda de heroísmo pagó su libertad? Y, ¿acaso el chocar de las armas y los cuerpos es heroísmo? ¿Cómo es que en los altos climas de la sabiduría, de la belleza y la santidad no abren las negras y rojas flores de la heroicidad carnicera? ¡Ah, quién sabe! Pero, ¿por qué ese gesto adusto, don Roque? Señor, esos celajes conductores del rayo, del meteoro ígneo que fulmina, no son de estos tiempos de pararrayos... Retornemos a su ex esclavo. Veamos en qué remoto suceso empieza su gloriosa carrera de las armas. Esto fué en 1806. Es la vida embrionaria de una nacionalidad; el comienzo de reacciones armadas, que engendrarán en lo sucesivo poderes absolutistas, cacicazgos pacíficos o sangrientos, pero siempre inferiores. Estamos asomados a las calles de la ciudad virreynal... Los blondos soldados de Whitelocke amenazan invadir la ciudad. Cunde el pavor en los primeros instantes. Luego, el contagio moral se produce y, alegremente los hombres de la ciudad abren zanjas; las mujeres derriten plomo y calientan aceite... Hay quienes se arman de cascotes... ¿Se preparan para una batalla sangrienta o para una fiesta de bárbaros? Flavio el hotentote, con Alzaga, abrirá zanjones y se acoplará después a los godos y criollos que manda Liniers, el precoz general nacionalista... Se entabla el combate en las calles. Flavio tiene que luchar contra los ingleses y contra el casacón de su amo que le queda holgado en extremo... Producida la carnicería, la victoria es de los godos y los criollos; los negros y las mujeres... Tras la victoria, setenta esclavos obtienen la libertad; entre éstos cuéntase Flavio; ¡viva la patria! ¿Qué patria, don Roque? ¿La de los godos? Cuidado... otra vez el guadal... ¿Torna su héroe a las escobas, señor Roque? Imposible... El héroe no tendrá que vender mazamorra, tortas, aceitunas, secadores o dulces para obtener el dinero de la liberación. Ciertamente que el batallón de "Pardos y Morenos" a partir de entonces estará recargado de trabajo... ya que mozos mal entretenidos fraguarán revoluciones, puebladas, anárquicos tumultos y guerras, siempre al grito de ¡viva la patria! ¿Qué patria? Señor, descúbrase usted esta vez: la Patria Argentina. Sí, en adelante ya no existirá el virrey... Y los turbulentos, aciagos días sucederánse en el tiempo, en la patria recién nacida... Y el país pampeano, y el país quichua y los desfiladeros andinos, y las selvas hidrópicas de la tierra roja, madre de los ríos enormes, necesitarán del gaucho cobrizo, del gaucho blanco, del gaucho negro; siempre que los gauchos hayan aprendido su oficio de soldados. ¿Oficio? ¿Y el santo heroísmo, entonces?, preguntará don Roque. ¡Ah!, es que Flavio Segovia no conoce ya otro medio de vida que el pelear para comer y el comer para pelear... Desde luego, cumple así el axioma biológico de comer para vivir. Además, no se necesita ser un vidente para ver que en cierto momento de su vida embrionaria el país carece de peones. ¿Será que todos se dedican al oficio de las armas, señor Roque? Si el país no puede con tanto matarife, reembarque al antiguo hotentote; no asimile al africano; no lo transforme en un gaucho negro. ¿No ve que éste gaucho negro puede representar la fuerza ciega, todo lo anacrónico y lo absurdo que por disposiciones heredadas y adquiridas, mañana acrecentará el volumen de tormentas anárquicas que aprovecharán caciques subalternos y bandálicos? Instinto puro, sentimiento sin inteligencia que le sirva de brújula y timón, su héroe, señor Segovia, es instrumento de muerte en manos de caudillos, que descamisan al país y asesinan a la patria, al grito de: ¡viva la patria! y, ¡todo sea por la salvación del país! ¡Sistema brillante, curiosa manera de transformar esclavos en hombres libres! Héroe de contrata, cuando el caudillo alzado de la campaña lo arme, lo enhorquete sobre un caballo, atropellará al caudillo manso de la ciudad. Alternativamente se batirá en la montonera revolucionaria o en la montonera electoral. Entoces la ciudad no podrá abrigar celos de la campaña. Y luego, señor Roque, se dirá que su héroe es un súbdito exótico... ¿Por qué? ¿no ha peleado acaso como un insumba, o búfalo feroz, de la Cafrería o el Kordofan? Ha peleado mucho y eso es todo, don Roque. Y según su concepto simplista de la patria, ésta está en deuda con el gaucho hotentote... Entoces pertenécele la pampa, el potro y el ñandú, tanto como la cálida tierra transoceánica, con su búfalo feroz, su bondadosa grulla y su cocodrilo sagrado... Y, en santa paz, don Roque.

★

Nunca había sido hombre de aspiraciones elevadas, don Roque Segovia, pero sí, de ambiciones lucrativas y de predominio mandarinesco... Ambiciones que se acentuaban más y más a medida que en él se iniciaba la regresión orgánica, que fatalmente implica la involución intelectual. Su conducta, en apariencia inobjetable, y la posesión de extensos campos a una y otra margen del Salado, incluyendo su cautela, su astucia, sus desconfianzas zorrunas, dábanle derecho a pretender el mando; poníanlo en condiciones inmejorables para trepar a los cacicazgos máximos. ¿Por qué que no había alcanzado ya la cima de su quimera gaucha? Tal vez porque hasta entonces — mísero detalle — no contó con el guardaespalda, el matón de encargo, el sujeto incondicional que le sirviese ciegamente: especie de alter ego... adaptándose a su ética sinuosa, elástica. Y el "ente" exterminador, precisamente, en el momento psicológico acababa de aparecérsele, como resucitado de entre los muertos. Don Roque sabía por instinto, por afinidad espiritual, que Flavio jamás lo traicionaría. Lo conocía mejor que a su perro más fiel. Tenía la certidumbre profunda que si algún otro ambicioso del distrito osaba disputarle la caciquería, bastaba una insinuación para que su guardaespalda le "bajase el sebo" con el pretexto más fútil, en la primera riña de gallos o "cuadreras" que se efectuasen en la Azotea Grande o en la Azotea Chica de Rincón del Toro. Para tales "achurias", como es lógico, el negro podía contar con la impunidad que el blanco le brindaba.

★

Tenazmente, como el vellón del carnero adhiérese el abrojo, la sombra de Flavio confundíase con la del aspirante a mandón de campaña. En los escasos meses que desempeñaba su oficio de guapo, el fiero hotentote había cometido dos o tres muertes y repartido algunos [illegible]erazos y cuchilladas, sin ulteriores consecuencias para su integridad física. Con estos actos de repugnante servilismo; si se quiera de coraje excesivo, impaciente... la personalidad política de don Roque se agigantaba, crecía en prestigioso terror. El terror que es tierra fecunda en áboles malignos y en ponzoñosas, rastreras hierbas. Mas, ¿qué importa que el terror en sí resulte el más execrable método de propaganda electoral? Con tal que el aquilido consiga hundir sus garras en la codiciada presa. Desde la llegada del ex soldado a la estancia, frecuentemente resentíase la autoridad del mayordomo ante la insolencia del africano que iba corrompiendo la disciplina de los mensuales, con sus incitaciones al juego, al beberaje y a la holgazanería. Ya que al gozar él de carta blanca, no hacía nada útil ni dejaba hacer. Los días que su amo permanecía en el curto, engrillado por algún repentino ataque de reumatismo articular crónico, el guardaespalda se estaba horas enteras al sol, echado sobre un cuero de oveja, observando al parecer el vuelo de las moscas y fumando uno tras otro cigarro de chamico, que según él, producíanle sueños retrospectivos, alucinaciones de la selva negra... en el país nativo, donde son adoradas las serpientes y están siempre al alcance de la mano los melones de agua...

Frente al enrejado, don Lucas Arenaza, estanciero de Rincón del Toro, paladeaba su cañita mañanera, al tiempo que tijereteaba un poco:

—¿Hace mucho que nu anda puaquí Segovia?

A lo que responde el pulpero de la Azotea Grande con su acostumbrada negligencia:

—Le viá decir, don Lucas... a ver, estuvo... sí, pa las carreras del tobiano con el alazán tostao.

—¿Solo?

—¡Qué esperanza!, siempre con el ladero... Con ese cuervo asesino que cualquier día cierra el pico sin saber cómo...

—Es muy atrevido el moreno ese... Yo no sé... Parece que me lo ha embrujao a don Roque. Tiene mala bebida. Lo ha comprometido ya varias veces. ¿Pa qué lo tendrá?

—Lo tiene de asistente... Pa mí que don Roque anda queriendo ser alcalde o un poquito más.

—Por eso será que le tapa todas las barbaridades.

Yo digo... Pero en una de esas, déjelo nomás al tizne... ta sentenciao. ¿No ve que todas las muertes jueron mal hechas?

—Mirá, ventajero el getudo... Sin embargo don Roque no hace más que ponderarlo como güen soldao. Dice que es una reliquia... Dejuro porque lleva su apelativo.

—Es que apelativo o marca es lo mesmo... ¡Reliquia! Güena liendre pa chupar caña de la Habana cuando le pagan la güelta.

—Pero ha sido un excelente soldao, eso no se le puede quitar al moreno.

—Bah, toitos hemos sido soldaos capaces de no hacerle ascos al peligro... Toitos nos hemos guasquiao tierra adentro contra los caciques bravos y sus indios desalmaos y valientes como demonios. Y hasta nos hemos achurao entre nosotros mesmos, los cristianos. ¿Pa qué? total, pa que otros se adornasen... Pa que los flacos criásen sebo y mondongo.

—Claro, pues. Se han cometido muchas injusticias.

—Muchas. Tantas, que cuasi no hay mérito en haber arrastrao el sable y la tacuara... Total, pa no llegar a comandante... ¿Le sirvo otra cañita, don Lucas?

—Sirva, nomás. Y hablando de otra cosa, parece que este año don Roque piensa jundirse. Ta haciendo unos aprontes bárbaros pa celebrar el nueve.

—Chismes, don Lucas, nu es tan gediondo el zorrino. Segovia sabe cuidar su platita. Claro, ta haciendo algunos gastitos. De aquí han acarriao algunas bolsas de harina; algunas latas de dulce; algunos cajones de cohetes y una porción de barricas de vino; damajuanas de caña y fardos de ropa hecha. Yo me alegro por el pobrerío que va a retozar.

—¿Cómo cuántas vaquillonas con cuero pensarán asar?

—Una punta. Habrá carreras de caballos, carreras de embolsaos, sortija, riña de gallos, baile y taba... Yo digo que Segovia no hace todo ese gasto de puro patriota nomás.

—No, pa qué decir una cosa por otra. Don Roque siempre jué muy patriota. Pero es que se puede honrar a la patria y hacer güenos negocios...

Como invadidos por cósmicos sueños, millones de soles parpadeaban en la cruda noche invernal. Al reparo de los enormes, negros eucaliptus, tiritaban las bestias. Sobre las techumbres de paja brava o de centeno, a cortos intervalos volaba el buho, graznando lúgubremente y castañeteando el pico. Taladrando la noche, desde el pantano que alimenta con sus desbordes el Salado, llega la estentórea voz de la bruja que espanta el sueño de los hombres y que, como el buho puebla sus insomnios de fatídicos y luctuosos presagios. También los perros unen sus pavorosos aullidos a las voces agoreras de la noche... Voces, que como una racha de aire helado, de tiempo en tiempo, penetra súbitamente en la cocina, donde los hombres velan, para erizar sus curtidas epidermis y abrir un paréntesis de silencio medroso en las pláticas del fogón. Ño Silverio, el mayordomo, se siente molesto y moviéndose sobre el cráneo de caballo, refunfuña por lo bajo:

—Gran petra con las sabandijas... tan dejaretadas ésta noche. ¿Se habrán propuesto cantar de contrapunto?

—Por lo que parece... hasta áura el maldito lechuzón ese, es el que dimuestra tener mejor templao el gañote... Mire que desde temprano nomás anda rondando.

Dicho esto, Bernabé deja el mate contra un tronco, a la espera de que se caliente el agua y continúa sobando el cuero de lagarto que acaso en un lejano devenir, transformaráse en tabaquera:

—Tarda en pegar la güelta don Roque.

—¿No lo habrá atajao algún fantasma? El patrón es medio lisiao a los fantasmas...

—Con los espíritos, no te metás, Bernabé... ¿Ya te has olvidao del susto?

—Yo no sé si esa vez me julepié de mi mesma sombra.

—Eso sí, todo caballo nuevo es espantadizo. Y a todo ésto, el urubú como vos le decís, ¿habrá ido a buscar la muerte?

—Por lo visto... Tal vez de rabia porque el patrón no lo llevó ta echao por áhi blanquiando los ojos en la escuridá y pitando, pitando como murciélago. Es cuerpiador el negro y haragán como lagarto.

—Y getudo, cuidao con el niño, no se le puede dar chanzas... Se alza como leche hervida. El pior defeto que tiene, es ser cuchillero.

—Cuchillero, hum. El día que a mí me saque el cuchillo, ese talón rajao, lo hago parar las patas. Pero no, conmigo no estira la trompa. Más vale se pone a ráir...

—Descuidate. Cuando el urubú muestra esos dientes de máiz blanco que tiene, de siguro que está por morder. A mí ya me hubiera plantao un tarazcón... Ganas no le faltan, pero yo lo dejo pastiar... Tengo alguna esperencia y no quiero gastar pólvora en chimango. Que se golpée solo nomás.

—Qué milagro don Roque no se lo llevó como siempre, atao a los tientos... Yo creo que en la Azotea Grande, ya ni los perros lo pueden pasar dende la última que hizo.

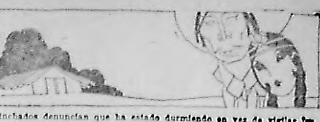
—Dejuramente... Mirá, acercate, aquí, entre nosotros, ¿no?

—Ta bien, don Silverio, hable, pues. Tamos solos. ¿O me crée tan lengua suelta?

—Dejate de zonceras y escuchá. Yo creo que... ¿sabís? don Roque agarró otro rumbo... Polleras.

—Ah, claro. En asuntos de naguas, el hombre ha de ser reservao... y ha de cortarse solo, solito su alma si no quiere compromisos... Qué don Roque. Pero, ¡véanlo al potrillo!

—Alá, potrillo con tamañas maceras.



hinchados denuncian que ha estado durmiendo en vez de vigilar los sauces llorones donde cuelgan las medias reses de vaquillonas y corderos:

—Ta helando... Se va a ollar lindo la caire.

—Mejor. El asao dará menos trabajo.

La pava empezaba a cantar. Bernabé tornó a cebar el mate sin ensillarlo siquiera:

—Urubú, ¿querís un lavao?

—Tomaremos... Y, ¿el amo que no se le ven las aspas?

—Quién sabe — dijo Bernabé afectando indiferencia —. Alguna partida de truco, el amigo entretenido que nunca falta... la ginebra aquerenciadora.

—Me palece que se jué sin el nalangelo.

—Sos autero, urubú. Bah, no se necesita el naranjero cuando se cargan otras armas... Semejante herramienta... calláte hombre, más bien estorba.

—¿Y ese chus chus del pájalo enloquecido, no te hace pensal en nada?

—Dejálo al pobre lechuzón... ta chairando el pico porque crée que él también mañana estará de fiesta. Brutazo el lechuzón... Güeno, tomá el último lavao y dame el farol, viá ver si dementras vos roncabas echao sobre los marlos, los perros no se han llevao la carne....

—¡Sofrená loco, no te abalancés! — exclama riendo el aludido.

Mientras, váse el mozo a explorar los alrededores. Qué extraño, Flavio no acepta bromas de nadie y tan luego permite que un muchachón alocado le aplique el mote de cuervo, acogiendo con festivo humor otras irreverencias por el estilo. Aplástase sobre un haz de viznaga a compaginar su pango, su mágico cigarro de chamico. De pronto, el pájaro que olfatea la muerte hace oír su siniestro chirrido en el alero mismo de la cocina. Flavio deja traslucir en el semblante, todo el vapor supersticioso que domina su alma primitiva, y arroja una mirada recelosa hacia la puerta que conduce a la noche... Ño Silverio, entonces, interrumpe su largo mutismo, para decir con ironía, exenta de maldad:

—Si tanto miedo tiene, amigo, podemos entornarla...

Por toda respuesta, Flavio pónese de pie, rápido lleva la mano a los riñones, requiriendo el cuchillo. Pero, se desvanece súbitamente su colérico impulso, su feroz amor propio herido, ante el hombre que lo mira fijamente, imperturbablemente, como compadeciéndolo.

★

Al viento juguetón de la tarde, en el extremo de una larga tacuara, junto al arco de correr la sortija, ondea la bandera de los colores sutraídos al cielo ... Los carreristas con sus parejeros de tiro; los galleros con sus gallos; niños y mujeres en carretas y a pie; indios mansos y gente misera, con sus atadazos de ropa, restos de asado con cuero, achuras y pasteles, marchan en todos los rumbos sobre los campos sin término donde gravita un silencio cósmico. La fiesta declina, mejor dicho, ha entrado en su ciclo de oscuración... aun cuando queda buen retazo de luz por galopar... También quedan por ahí, excedentes de energía y saldos de ardor cívico que es menester quemar... Es lo que hacen los mozos y las mozas mañereando en marcharse, con el propósito de zapatear el último gato y bailar el postrer pericón, luciendo pañuelos blancos y celestes; recitando versos épicos.... y cuártetos del refranero popular. Y relaciones suspicaces... saturadas de travesuras gauchas, que confinan a veces en lo zoés. Y las relaciones provocadoras de cruentas peleas. Y las que aluden al amor miedoso, bobalicón o al pleno de malicia, francamente descarado y brutal. Todo al son de las guitarras que dedos brujos acarician. Voz de la guitarra que parece estremecer hasta la quincha del ramadón, antes de rebotar en la acústica silvestre. Más allá de la enramada, al margen de la estrecha cancha, aglutínase el intrépido criollaje buscando el desquite... la taba, ese veleidoso hueso que arrebatárale las unidades monetarias, se las tendrá que devolver... Entre tanto, junto a los eucaliptus descascarados y entre el malezal tupido, algunos adormecen su hartura de carne, como los buitres. Y otros son presa del delirio alcohólico. Finalmente, en un vasto cuarto, hállanse reunidos junto a una derrengada mesa, don Roque, varios calzonudos de la ciudad y los vaqueros más prominentes de la región. Entre uno y otro partido de naipes, dedícanse a ponderar la fiesta y a despotricar sobre política lugareña:

—Prevéngole, don Roque, que más no se puede pedir.

—No se verá por cientos de años una fiesta como la que nos ha dao hoy.

—Excelentísima fiesta, señor Segovia.

—Maravilloso, maravilloso.

—Lo que yo estaba pensando... Nunca vide un 9 de Julio semejante.

—Ni en Chascomús.

—Sus güenos pesos le habrá costao, don Roque.

—Qué importan los pesos. Los pesos se van... los amigos quedan y todo lo que por ellos se haga, ta recompensao por la amistá mesma. Yo hubiera querido algo más.

—¡Pero señor!

—¿Tuavía más?

—Hacer más, imposible. Demasiado pa sus amigos. Y ya que estamos hablando entre aparceros, sepa don Roque que nos tráimos un entripao... pero, que lo diga el dotor Ramírez, él que tiene más labia.

El tal Ramírez es un abogadillo de la ciudad, petulante y chicuelo, que medra adulando a los federales y a los unitarios y dedícase con éxito relativo a la alta chicana:

—Ah, bien; entonces, ya que en mí delegan tan honrosa misión... manifestaré lo siguiente: señor Segovia, nosotros hemos pensado que es usted el hombre más prestigioso del distrito; el que debe apadrinarnos. De no aceptar usted la diputación que venimos a ofrecerle, a rogarle acepte, iría al Congreso un individuo deleznable, como lo es ese bárbaro de Santana, que hasta mazorquero ha sido. Sacrifíquese por la noble causa, don Roque, usted que es hombre probo, hombre selecto, hombre de arrestre.

Trémulo de regocijo interior, el elegido... el probo... no obstante adoptar la táctica del zorro: simula lo contrario y aparece meciéndose modestamente la barba tordilla, baja los párpados púdicamente... Es el caudillo en su ciclo genitivo. Lobo rojo, continuador de sangrientos caciquismos, que se finge cordero indefenso. ¿Se sacrificará? ¡Vaya! No ambiciona otra cosa. En cuanto a Santana, ¿para qué lo tiene a Flavio? Como la vejez en el hombre trae el aguzamiento del egoísmo, el reflorecimiento de lo anacrónico, la preponderancia de la avaricia, hay un instante en que don Roque crée va a ser víctima de un síncope respiratorio... tal es la emoción que lo enajena. Empero, consigue recuperar su pleno dominio y dice con el desparpajo que lo caracteriza:

—Ta güeno. Entonces aceto... Siempre y cuando los amigos me palanquéen... Si me hacen salir diputao, Urquiza sabrá lo que los porteños queremos y somos capaces de hacer.

—¡Lindo el torazo del Salao!

—No, si no nos van a basuriar los entrerrianos, los yacareces ni naides. Hay que decirle envido, rial envido y falta envido nomás a don Justo José. Ta güeno que él nos hálga cuartiao un poquito en la batalla de Caseros, pero no por eso vamos a cabristiar pal lao de la Confederación... Tenemos el puerto... El estao de Güenos Aires no necesita rejuntarse con las otras provincias pa ser lo que ya es: un páis lindo, lleno de avestruces, de potros y vacas gordas.

Providencialmente, el aspirante a padre o padrastro de la república cacical... es interrumpido, salvándose la causa del general Urquiza. En ese instante preciso, Flora, la cocinera pampa, entra como un ventarrón en el cuarto gritando despavorida:

—¡Pronto! ¡Pronto, venga patrón!

—Vieja loca, qué aspavientos son esos. ¿Qué es lo que pasa?

—Que Bernabé se ha trenzao a pellar con el urubú...

Atropelladamente, tras del señor Segovia, todos abandonan la habitación y se dirigen a la cancha de taba, o sea el lugar de la pendencia:

—¡Sosiéguense! ¡Guarden esas armas, sabandijas! — gritó con voz airada y en actitud imponente don Roque, sin atreverse, empero, a colocarse en medio de los que riñen, sordos y ciegos a todo lo que no sea espiar los movimientos del arma enemiga. Los "saques" los "quites", las "cuerpeadas" y las "chispas" de los aceros se prolongan, hasta que por fin, cual si se tratara de una pelea de gallos, contra la terrible ansiedad que el duelo gaucho pueda producir en el ánimo de los espectadores, impónese la fascinación del juego sangriento... Mas, su dominio es efímero, porque retrocediendo, retrocediendo ha ido el hombre de color hacia la maciega. De súbito, quien sabe si entre viejos alambres, que se confunden con las rastreras hierbas, quedan aprisionados los tamangos de Flavio, que se desploma de espalda, cara al cielo. Veloz entonces, como el felino que cae sobre la presa inerme, Bernabé le hunde el puñal. Trémulo de horror, don Roque brama:

—¡Maula, no le peguéś en el suelo!

Y pálido, demudado el semblante, mientras envaina el arma homicida, Bernabé, con una calma más aparente que real, balbucea:

—Es que su crédito no era un hombre, patrón, sino una víbora... Y a las víboras hay que madrugarlas... no hay que darles alce.

Palabras que se lleva el viento, sin herir los oídos del patrón, que ante el cadáver, exclama sollozante:

—¡Tener una muerte tan perra, vos que juiste tan entrañudo!

Y era como si el gaucho blanco al llorar por el gaucho negro, se llorase a sí mismo.

POR

[illegible]LIO VIGNOLA MANSILLA

Ilustración de

ARISTIDES RECHAIN

CUENTO CRIOLLO

UN SILBIDO EN LA NOCHE

La estancia "Los Trebolares" estaba convulsionada. Los peones entraban y salían presurosos con los enseres del trabajo, del galpón grande, preparándolos para el otro día, en que debía empezarse la yerra, la doma de los potros, el rejunte y el aparte de los vacunos y bovinos, pues al morir un mes antes don Gumersindo Ledesma —viejo estanciero y poblador de cuando aquellos campos eran pura pampa, y había que dormir con el arma cerca del catre para no ser sorprendido por el malon— se había hecho cargo de todo eso su único hijo Fernando, quien ex profeso se ha venido de Buenos Aires con un mayordomo extranjero para encargarse de todo y asumir a la vez la administración cuando queden establecidos todos los bienes de la estancia, marchándose Fernando nuevamente a la capital, a ejercer su profesión de ingeniero.

Aunque Fernando es de un carácter un tanto mandón y huraño para esta gente —pues pocas veces convivió con ellos, ni visitó con frecuencia la estancia durante sus vacaciones de estudiante— los peones tratan de hacerse simpáticos al "nuevo patrón". Además, trabajan afanosos porque saben que después de terminadas aquellas faenas, tendrán dos o tres días de fiesta, como es costumbre tradicional, si es que el mayordomo que ha venido no se opone a lo que el "finao" don Gumersindo permitió y participó siempre en estas ocasiones, como coronación al esfuerzo del trabajo de los paisanos a su servicio.

Don Anastasio y doña Ramona, con su hija Aurora —nombre que le dió su padrino don Gumersindo— andan también en el traqueteo de los preparativos. El primero en impartir órdenes y las últimas, las mujeres, con algunos peones, en los menesteres domésticos, a fin de que el patroncito y el mayordomo reciban buena impresión sobre el aseo e higiene de la estancia.

El viejo Anastasio anda con el cejo fruncido, dado a que después de veinte años de capataz "viene el gringo ese a querer poner las cosas al revés" —según expresión de él mismo— poniendo máquinas para ciertos trabajos de la esquila, cuando todo allí siempre se ha hecho a la vieja usanza, como era el gusto del "finao", para que todos los criollos se ganaran el churrasco. A más, desde el primer día que llegó a la estancia Fernando, ha notado que le anda "echando el ojo" a su hija, y eso no le parece bien, siendo que sabe que dentro de unos meses se casará con una dama de Buenos Aires, y que si corteja a su hija es como burlarse en sus propias barbas. También sabe que Aurora y Manuel se quieren desde que eran "gurises"; sólo que nunca se han atrevido a decírselo por temor a que no dé su consentimiento por creerlos jóvenes aún.

Manuel es como el brazo derecho de don Anastasio, y el mozo más adiestrado en todos los trabajos: desde un pial de volcao hasta la doma del potro más chúcaro. También para los ratos de jarana sabe entretener a la peonada con su habilidad de guitarrero y versEador. Guapo y corajudo para todo lo que sea una injusticia, pero, ¡eso sí! prudente y poco amigo de hacer una acción que represente una compadrada.

Quedó huérfano a los diez años. Su madre era una santa mujer, cocinera de la estancia, que había sido abandonada por su marido cuando él era un "mocoso", no se sabe si por seguir a una china de otro pago o por su espíritu inquieto y poco afectivo e incapaz de permanecer mucho tiempo en un mismo sitio, pues muchas veces se perdía por varios meses, sin que nadie supiera nada de él, hasta que un día se apeaba de su viejo picaso en el patio de la estancia, como si su ausencia hubiera sido de unos días. Besaba a su compañera y al gurí, y cuando le preguntaban cómo le había ido, sólo contestaba: "Regularcito nomás". Desde la última vez que salió hasta ahora, no se ha sabido nada de él.

Cuando murió su madre, se hizo cargo de él don Anastasio y su mujer, quienes tenían también, de la misma edad, a Aurora. Y si bien los primeros tiempos los peones de entonces lo titeaban y lo tenían "como bola sin manija", sufrió mucho el vacío del cariño maternal, pero poco a poco se fué acostumbrando a sus padrastros, que lo fueron queriendo como a un hijo.

De esa manera se fueron criando Manuel y Aurora. Juntos iban a buscar la vaca lechera; juntos se iban al monte en busca de nidos, regresando "a las casas" con algún pichón de calandria o torcaza. Juntos se iban con los perros tras ellos, rastreando alguna liebre, o buscando por el suelo nidos de chingolos, y juntos también se sentaron al borde de alguna vizcachera, entretenidos hasta casi la oración, en los primeros balbuceos de sus promesas de amor, con proyectos para el futuro.

★

Para Fernando no habían pasado desapercibidos los amores de Manuel y Aurora. Varias veces los había encontrado juntos, viendo el cariño con que se trataban, pero a él le convenía para sus propósitos, no darse por entendido.

Por eso, aprovechando la oportunidad de que la peonada estaba ocupadísima en las faenas de la hacienda, allá en los corrales, se volvió hacia la estancia, convencido de que podía encontrar a Aurora. Y así fué. Apenas se acercó, los perros empezaron a ladrar creyéndolo un extraño, cuando Aurora salía de la cocina para hacer callar a la jauría:

—¡Juera Mataco! ¡Juera Tigre! Sólo nombró a dos de los más bravos, para que la demás cachorrería silenciara y volviera a su sitio.

—¡Cómo se ve que que hasta los perros me consideran casi un extraño!... — dijo medio sonriendo y mirando con cierta intención a los ojos de Aurora.

—Es que'entuavía no le han toinao confianza — contestó ella con humildad y bajando la vista.

—¿Y usted, al parecer, tampoco, no? Porque es lástima ver que le dispara a su trato, una mujer linda y capaz de hacer feliz a un hombre...

Comprendiendo Aurora adónde iban a parar los elogios de Fernando, fingió que la llamaban, exclamando:

—¡Ya voy mamá! Disculpe, patrón que me llaman. Con su permiso...

—Vaya nomás, buena moza... —dijo Fernando, viéndola alejarse y con cierta expresión de placer en el rostro, como de triunfador de todo lo que siempre se propusiera.

Pero así como Fernando apercibió los amores de ellos con su astucia de pueblero, tampoco "pasaron de alto" para Manuel los requiebros e intenciones de Fernando, y más por guardián que por celos de su prenda, se puso en acecho para defender lo que por ley natural le pertenecía, convencido de que si Aurora lo complacía en atenderlo a Fernando, era más por no desairarlo y porque no se había propasado al extremo.

★

Pasaron varios días en los rudos trabajos, quedando ya casi todo terminado, en tanto Fernando no había perdido oportunidad para acosar a Aurora en sus pretensiones de conquista. En su última entrevista, viendo que se aproximaba la fecha de su partida, le dijo resueltamente:

—Mirá, Aurora: Esta noche, cuando la peonada esté de gran jarana o descansando en el galpón, yo te voy a dar un silbido desde la parva grande, donde te espero, para decirte con más tranquilidad una cosa que te conviene...



—Vea Fernando... Yo... no puedo dir... donde dice usté. Además, mi tata...

—¿Qué? ¿Tenés que pedirle permiso? No digás sonceras y andá que te conviene a vos y a todos.

—Este, vea... ¡yo no voy!

—¿Qué decís? —dijo imperativo y amenazador Fernando, queriéndola agarrar de un brazo.

Dando unos pasos atrás, Aurora pensó instantáneamente que aquella negativa podía acarrearle doble disgusto y perjudicar a sus padres, y replicó:

—Déjeme pensarlo, y si no juera a su silbido es porque no he podido dir. Pero yo le ruego me deje tranquila.

Y dando media vuelta echó a correr hacia la cocina, dejándolo plantado, sin darse cuenta que Manuel, escondido detrás de los bebederos del corral chico, había estado vigilando todos sus movimientos y escuchando todo el diálogo que ellos habían sostenido.

★

La noche iba cubriendo de sombras los campos. Por el espacio planeaba uno que otro lechuzón castañeando su pico al pasar por sobre algún jinete. Y más arriba, haciendo contraste con el límpido cielo, de vez en cuando cruzan bandadas de patos silvestres, que se acortan y alargan, formando monogramas caprichosos. Las gallinas, ya de regreso de los trebolares, unas caen y otras saltan, disputándose la mejor ubicación en la enramada del patio. Y allá, de los corrales grandes se oye el melancólico mugido de los vacunos o el balido de los bovinos como un quejido lastimero, dando al ambiente un matiz de tristeza.

En cambio, en el galpón, los peones dan una nota de alegría con sus dichos y risotadas, comentando los percances imprevistos ocurridos en las horas de trabajo, festejándolos con chistes oportunos por algún viejo o mozo de espíritu chacotón, haciendo olvidar por momentos el cansancio de aquellos hombres fuertes y sufridos para el trabajo y las inclemencias del tiempo.

En la cocina de "las casas", empezaba doña Ramona, con la ayuda de Aurora, a preparar la comida para Fernando y el mayordomo. Los perros, con la sutileza de su olfato, empezaban a arrimarse hacia la cocina, buscando al mismo tiempo el tibio calor del recinto, impidiendo a veces la entrada y sacados a chirlos por Manuel, que se ocupaba en ese momento de acarrear leña para el fogón.

En una de las salidas de Manuel hacia el patio, y sintiendo el chirrido de la roldana del pozo, divisó a Aurora, que estaba sacando agua. Corrió hacia ella para ayudarla y al mismo tiempo aprovechar para hablarla, ya que don Anastasio estaba por los alambrados y doña Ramona ocupada en la cocina.

Agarrando Manuel la soga y haciendo las últimas brazadas, agarró el balde y dejándolo sobre el brocal del pozo, tomó una mano cariñosamente a Aurora, diciéndole:

—Decime la verdad: ¿Pensás dir esta noche a la parva grande?

—¡Cómo! ¿Vos sabés?... — contestó ella llena de asombro.

—Sí. Tuito lo he óido. Pero vos no te aflijás. Cuando sintás el silbido andate sin miedo para la parva, que nada te v'a a suceder. Es necesario descubrirle la intención primero.

—¿Y dispués?

—Yo m'entenderé con él y vos te vas para "las casas", sin que naides sepa nada.

—¡Por Dios, Manuel! No hagás una barbaridá. Si tata supiera tuito esto.

—Quedate tranquila. No haré uso de arma, ni se lo permitiré a él tampoco. Mi arma serán las razones, y si no le dentran en la mollera es porque es un hombre ruin.

—¡Aurora! ¡Tráime l'agua de una vez! — gritó doña Ramona desde la cocina.

—¡Voy! ¡Voy! — contestó Aurora, y agarrando el balde, le dijo a Manuel:

—Güeno, esperame cerca de la parva grande a la noche, que voy a dir— y dejando un reguero de agua al cruzar el patio, entró a la cocina, no sin antes espantar a los perros, que amontonados en la puerta, estaban al acecho de barajar en el aire algún bocado.

★

Corría el mes de abril, el otoño había hecho desparramar por los pastizales las hojas secas de los árboles, dando un tinte dorado a la inmensa alfombra de los campos. También a poco de entrar la noche, el rocío empezaba a caer sobre las cosas y los seres a la intemperie. Por eso, la peonada, hacinada junto al fogón, jaraneaba, sintiendo a la vez el calorcito reconfortante del fuego. Hasta los perros aprovechaban ese momento, pues al recogerse la gente para el reposo, eran echados afuera, no teniendo más abrigo que alguna bolsa dejada al descuido, ni más techo que el alero de la ranchada, o debajo de las carretas.

Afuera todo era silencio, sólo de tanto en tanto se oían ladridos lejanos y el silbido de los siriríes, que cruzando por el espacio se dirigen de un punto a otro. La luna, con su cara rechoncha, a veces era tapada por nubes que parecían montañas y que al rielar por el cielo lentamente se iban transformando en caprichosas figuras. Debajo, por las campiñas, esas mismas nubes proyectaban sombras que huían al volver la claridad lunar.

Aprovechando todas estas circunstancias y de que don Anastasio estaba en la pieza-escritorio con el mayordomo, Manuel se deslizó por detrás de la casa y se dirigió a un montecito de paraísos cercano a la parva grande, con el fin de ocultarse y aparecer oportunamente.

A poco rato apareció Fernando sigilosamente, en dirección a la parva y mirando para atrás, llegó al sitio de la cita. Cuando se cercioró de no haber sido visto, se agachó y rompió el silencio con un silbido largo.

Sea porque las puertas del galpón grande, donde los peones chacoteaban, estaban cerradas; sea porque la perrada andaba diseminada por el interior, el caso es que nadie sintió nada. Hasta los perros, que otras veces salen atropellando todo, parece que no sintieron.

A los pocos momentos se abrió la puerta de la cocina, tajeando las sombras del patio un rayo de luz; luego se volvió a cerrar, viéndose la figura de Aurora, que, vacilando, se dirigía hacia la parva.

—Por aquí, Aurora, —dijo Fernando, saliéndole al encuentro.

—Hable pronto y diga lo que tenga que decirme, porque estoy ocupada con doña Ramona.

—¿No comprendés que te quiero y estoy sufriendo por vos? ¡Estás tan linda! — díjole con intención de besarla.

—¡Eso no puede ser, patrón, y sosiéguese!, replicó Aurora con coraje.

Pero él, creyendo que esa resistencia era una pura coquetería, insistió:

En ese instante apareció Manuel, frente a ellos, increpando:

—¿Qué v'hacer, patrón?

—¡Ajá! ¡Con que vos habías estado por aquí. ¡Se ve que tiene defensor la moza!

—¡Usted lo ha dicho, patrón!

Aprovechando ese momento, Aurora huyó para la cocina, confiando en lo que le había prometido Manuel.

—¿Y quién te mete a vos en mis asuntos?

—Yo mesmo, con tuitos los derechos. Y escuche, mientras caminamos p'al lado e la tranquera, para no llamar l'atención: Su tata, o sea mi padrino, que Dios lo tenga en la gloria, era un hombre de lai. Y ansina me enseñó que yo lo juera cuando hombre, con la palabra y con el ejemplo, pa tuitos los casos que se le han presentao en la estancia. Jamás cometió una injusticia y es honor muy mentao en tuito el pago.

—Y eso, ¿a qué viene?— contestó Fernando con impaciencia, pero medio acobardado con las palabras del peoncito.

—Qu'eso debe ser pa usté un orgullo. Y pa no desmentir el dicho: "de tal palo, tal astilla", ya que usté es su hijo y no un triste apadrinao como yo, debe dar el ejemplo.

—¿Y quién te ha dicho lo contrario?

—Usté con su manera e ser. Dende hace días que vide que la persigue a la muchacha, sabiendo que nos queremos, imponiéndole que lo acete a la juerza, con su autoridad de patrón, láido como usté. A más, según he óido, creo que s'está por casar.

—Tenés razón, Manuel. Me has tocado en la matadura, como decía mi tata cuando me reprendía en algo que no me gusy eso está mal pa un hombre. Veo que sos más hombrecito de lo que me figuraba.

—Perdone, patrón, y no lo tome a mal, pero por Aurora me juego la vida en cualquier momento. A usté lo he tratao con el rispeto debido.

—Comprendo, Manuel. Ya veo que sos de una pieza. Y para demostrarte que yo también lo soy, atendé: Esta noche o mañana, a más tardar, le voy a pedir a don Anastasio el consentimiento de que su hija Aurora sea la compañera de Manuel: boda que yo y mi futura señora apadrinaremos a mi regreso de la capital.

—¿Es posible, patrón?

—Y algo más. Hablaré con el mayordomo para que desde mañana seas segundo capataz, es decir, como el hombre de confianza de don Anastasio. Y ahora, vamos para la ranchada y disimulá todo lo que ha pasado.

—Vamos, patrón.

Ambos se encaminaron hacia la cocina, donde encontraron a doña Ramona y a Aurora, quienes escrutaban la oscuridad desde el marco de la puerta. Doña Ramona, al reconocer a los que se acercaban, exclamó:

—¿Dónde diablo te has metido Manuel, que te buscaba?

—Lo llevé yo para el lado de los corrales, —dijo Fernando un tanto jovial— mientras se dirigía al comedor.

Aurora, que hasta entonces tenía en el rostro una expresión de angustia, se tranquilizó al ver a Manuel sonriente.

★

Era domingo. El amanecer auguraba un día espléndido. El sol, perezosamente, iba levantando como una neblina la escarcha de la noche. El jolgorio de los pájaros, aun entumecidos y esponjosos sus plumajes; el cloquear de las gallinas; los gritos y silbidos de los peones al lidiar con las bestias, era como para que no quedara nadie en los catres. El trajín de ese día era para festejar los trabajos terminados que se habían propuesto Fernando y el mayordomo; la partida a la capital del primero y el compromiso de Manuel con Aurora, que con gran alegría aceptaron don Anastasio y doña Ramona.

Los peones que tenían el encargo de invitar a las muchachas de la estancia vecina de los Andrade, y algunos guitarreros de los puestos cercanos, ya estaban ensillando sus caballos, deseando entrar en calor con una galopeada.

Otros esperaban para descuerear una vaquillona y unos capones que don Anastasio y Manuel fueron a elegir a los corrales.

A media mañana empezaron a caer invitados de los alrededores. Los varones en sus pingos bien floreados con sus chapeados. Las mujeres apretujadas en charretas y volantas, engalanadas con sus prendas multicolores.

Doña Ramona y su viejo compañero los iban presentando al patrón y al mayordomo, con sus motes y apelativos.

En un claro que había en el montecito de los paraísos, a pocos pasos de los galpones, se habían clavado los asadores. La gente ya llevaba unas horas derrochando alegría y empezaba a sacar sus cuchillos para una buena presa, cuando alguien divisó a cierta distancia del camino largo, un jinete en dirección a la estancia.

—¿Quién podrá ser ese retardado que viene? — dijo don Anastasio.

Todos miraron hacia allí. Cuando el jinete sofrenó el caballo, a pocos pasos de la casa, la primera en reconocerlo fué doña Ramona, exclamando:

—¡Pero véian quién había sido! ¡Che, Manuel, acercate qu'es tu padre!

—¡Tata! — exclamó Manuel abrazándolo respetuosamente, luego que se apeó.

—¡M'hijo! ¡Qué grandote qu'estás!

—¿Y qué viento lo trujo, tata?

—La querencia, el ricuerdo, el gusto e verte... nomás.

Después de ser presentado Dionisio, que así se llamaba, a aquellos que lo desconocían, hiciéronle desensillar el picaso viejo y lo invitaron a churrasquear.

Más tarde, en un aparte que tuvieron, Manuel puso al tanto de todos los proyectos a su padre, y éste, contento de su hijo, dijo que al día siguiente partiría nuevamente, hasta otra vuelta, en que esperaba encontrar noticias grandotas como las que había oído.

Y así, entre mate y mate, bailes y cantos, se pasó la tarde. El sol empezaba a recostarse en el poniente. Algunos de los invitados hablaban de ir preparando los animales para irse temprano. Unos porque habían dejado la casa casi abandonada. Otros porque tenían un par de leguitas. Pero no por eso la fiesta quedaba sin gente. Muchos, a instancia de los dueños, prometían seguir algunas horas más, volviendo a hacer revivir el fogón, rodeándolo con bancos y troncos, sentándose en su derredor. Los perros, dispersos por ahí cerca, aun luchaban con sus mandíbulas hasta sacarle el último pellejo a los desechos del asao que el cuchillo no pudo despojar.

En un momento en que Manuel y Aurora se encontraron solos, lejos de la reunión, ella impaciente por saber cómo había hecho él para que Fernando cambiara en su conducta, le interrogó:

—Entuavía no me has contao qué pasó anoche, después de quedarte solo con Fernando, para luego salir pidiéndole a tata el consentimiento pa que nos casemos.

—Pasó qu'el hombre no es malo. Al tocarle el corazón sobre el fondo de los sentimientos e su finao padre, se ablandó y reconoció su error y capricho de pueblero.

—Y yo que créiba que aquel silbido era de ave de mal agüero.

—No, mi vida. Ese silbido, pa mí, era el canto e la calandria del monte, que me anunciaba a la Aurora e mis sueños —dijo Manuel estrechándola, al mismo tiempo que se besaban.

—¡Ajá! ¡Ansina se respeta a los mayores! —exclamó doña Ramona, que a pocos pasos había estado presenciando la escena junto con Dionisio.

La pareja, al ser sorprendida, echó a correr hacia los fogones y se perdió entre la paisanada.

Doña Ramona, al verlos huir, largó una carcajada, suspiró y dijo melancólicamente:

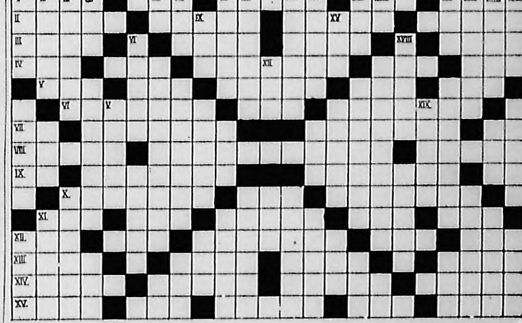
—¡Quién tuviera sus años!

POR

BRUNO GOMEZ

ILUSTRACION DE RECHAIN

CRUCESE DE PALABRAS



Cada columna tiene su número romano. Los números árabes indican el orden de las palabras en cada columna

POR

Cruz Diablo

HORIZONTALES

I. — 1 Ilumina y bébese en Bruselas. 2 Soledad en compañía. 3 Faltas a un mandamiento. 4 Fulano. 5 Orden, criollada o humillación.

II. — 1 Antes de un accidente. 2 No le falta ni le sobra. 3 Torpes. 4 Me gustan quemadas.

III. — 1 Al Sur del Cantábrico. 3 Véase Longobardi. 4 Merece un marco. 6 Condimenta.

IV. — 1 Puede ser anacreóntica. 2 Dibujante sin ley. 3 En Galia Cisalpina. 4 Apócope. 5 Luz de anticuario.

V. — 1 Agua que no has de beber. 2 Prefijo. 3 Curas. 4 En Provenza o termal. 5 Antes de Telmo.

VI. — 2 Jardinera. 3 Antes de Tilegio y de Bona. 4 En la Coruña.

VII. — 1 Jesús Rey. 2 Serpiente musical. 3 Rodilleras de brazo. 4 Indefinido.

VIII. — 1 Serpiente lujosa. 2 Que callan. 3 Esclavo negro.

IX. — 1 Uno. 2 Club. 3 Adornar puertas. 4 Principio de almacén.

X. — 2 Lo desentonó Moisés. 3 Manso en el zodiaco. 4 Abrir la boca.

XI. — 1 Vecindad horizontal. 2 ¡Cuidado! 3 Signo. 4 Eternidad. 5 A espaldas del imán.

XII. — 1 Río. 2 En un otoño de.... (El solterón). 3 Feliz en el agua. 4 Tatarabuelo de Kinkelín. 5 Mucha agua.

XIII. — 1 En los análisis. 3 Fogón. 4 Percha del gorro frigio. 6 Intacto.

XIV. — 1 Esquimal al revés. 2 Como la negra sangre de una herida. 3 Alto. 4 Perfume de los fracs crucificados. (El Solterón).

XV. — 1 Asado a la criolla. 2 Julepe marítimo, urgencia de loza. 3 No dejé nada en pie. 4 Abrigado mamífero. 5 Y salvo.

VERTICALES

I. — 1 Flirt. 2 Las de Unzué. 3 Levanta.

II. — 1 Soy tímido al mencionar. 2 Oculta en tiempo de guerra calvicies holandesas. 3 Dispersos.

III. — 1 Desgraciadamente hay que retribuirlo. 3 Costura naval.

IV. — 1 Almuerza morsas. 2 Alheñas. 3 Son hojas ¡Ay! desprendidas de un árbol del Senegal.

V. — 1 Adornan.

VI. — 1 900 cm3. 3 Domicilio materno.

VII. — 1 Sí. 8 Modelo. 3 Cualquier día.

VIII. — 1 Falta en la sopa. 2 En química. 3 Regia flor.

IX. — 1 Ponchera. 2 Enloquezco. 3 Bébese.

X. — Manies. 2 Todos pagan más por el gramo. 3 Engaña o hercúlea.

XI. — 1 Llenas de lagos. 3 Pagan más y los bochan.

XII. — 2 número de Dios. 4 ...esperanza y caridad.

XIII. — 1 Admirar. 3 Piel de oro.

XIV. — 1 Mená charrúa. 2 Lunfardo chileno. 3 Antes de usar.

XV. — 1 Curda. 2 Llega al corazón. 3 Entre papa y carambolo.

XVI. — 1 Recomendado por Lao-Tsé. 2 En la Coruña. 3 Prefijo.

XVII. — 1 Chirola romana. 2 Como vigésimos. 3 Mejor de espadas.

XVIII. — 2 Ablandar. 3 En España.

XIX. — 3 Hacerse humo.

XX. — 1 Balidos. 2 Molleras. 3 Letras.

XXI. — 1 Visteas. 3 Lengua.

XXII. — 1 Música de la calle Tucumán. 2 Basta y films. 3 Descolado.

XXIII. — 1 Aquellas no. 2 Undécimo mes romano. 3 Piedra de molino.

(La solución en el próximo número)



Fragmentos

En el régimen del hombre culto deberían sucederse la música y la no música regularmente, como la vigilia y el sueño.

★

La vida es una enfermedad del espíritu.

★

Hay momentos en que los abecedarios y los manuales nos parecen poéticos.

★

Decir la vida es un sueño es decir que la vida es un pensamiento.

★

El filósofo vive de problemas, como de alimentos el hombre.

★

Una novela es una vida como libro. Cada vida tiene un epígrafe, un título, un editor, un prefacio, un índice, un texto, notas, o los puede tener.

★

Nada es más poético que las transiciones y las mezclas heterogéneas.

★

Los símbolos son mistificaciones.

★

La religión encierra infinita lástima. Sólo un Dios desvalido puede provocar nuestro amor.

★

Infinita lejanía del mundo de las flores.

★

Los sueños nos demuestran la maleabilidad de nuestra alma, su don de penetrar en cualquier objeto, de convertirse en él.

★

Estamos a punto de despertar cuando soñamos que soñamos.

★

La vida humana no es un sueño, pero debe serlo y quizá una vez lo será.

★

Cada objeto adorado es el centro de un paraíso.

★

El alma necesita del cuerpo para engendrar y tal vez viceversa. Mística de esa operación.

★

La cópula es el ditirambo entre las operaciones del cuerpo.

★

La mayoría de los escritores son también sus lectores, mientras escriben, y por eso en las obras hay tantas huellas del lector, tantas reacciones, simpatías y comentarios, que corresponden al lector y no al escritor.

★

El lector distribuye el énfasis como quiere; hace lo que se le antoja de un libro.

★

Santificado por el Espíritu, cualquier libro puede ser una Biblia.

★

Se precisa una estética de lo malo, de lo mediocre y de lo vulgar.

★

El arte de escribir libros no ha sido descubierto aún, pero quizá esté a punto de descubrirse.

★

El tratamiento, lo exterior, la melodía del estilo, es lo que nos atrae a una lectura, lo que nos ata a tal o cual libro. El dueño de ese agrado nos puede referir sin riesgo los hechos más insignificantes. Ejemplo: el Wilhelm Meister.

★

El ajedrez es una anécdota matemática.

★

Las composiciones breves de Shakespeare corresponden a la prosa de Cervantes o de Boccaccio: fundadas, elegantes, limpitas, pedantes y completas.

★

Cualquier anécdota es poética de por sí.

★

La naturaleza es poética. También lo son el gabinete de un mago, un laboratorio, una pieza de niños, una cámara de tortura, un depósito.

★

Hacer novelas incoherentes, pero regidas por asociación, como sueños.

★

En el poema basta con la unidad de emoción.

★

El primer hombre es el primer visionario. Todo le parece fantástico. Cualquier niño es el primer hombre.

★

El mayor hechicero sería el que se hubiera hechizado a sí mismo, hasta pensar que sus propias hechicerías eran sucesos imprevistos, autónomos. ¿No será tal vez nuestro caso?

★

¿No habrá en el otro mundo una suerte, cuyo resultado es el nacimiento en la tierra?

★

Hay que considerar la enfermedad como una locura del cuerpo.

★

Hechizar es enloquecer artificialmente. El mago es el artista de la demencia.

■ NOVALIS ■

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

Museo de la Confusión

ANIMADO por cierta humareda de que fué autor Florencio Balcarce y parodiando al Eterno, pretendí dedicarme últimamente a la crianza de la hormiga, el cóndor y el león. Una vez adquiridos estos tres animales domésticos, construído el mástil de amarre para el volátil, alquilado un montículo de tierra para el formícida y una cavernosa habitación para el mamífero, inauguré con todo éxito el criadero, repartiendo chocolatines Aguila al cóndor, té tigre al león y estalactitas y otras menudencias empapadas en ácido fórnico a la hormiga. Los primeros dos o tres días todo marchó más o menos bien. El cuarto comenzó mi desesperación: el león se balanceaba como un pendón flotante en el mástil del calvo morador; el volátil se había negado a la ración de chocolatines y ganado la madriguera del mamífero gritando: ¡Este es el Grande! ¡Este es el Grande!, intermitentemente durante toda la mañana, mientras la hormiga, debido a no sé qué raras circunstancias, andaba con las patas llenas de espinas. Traté en lo posible de poner fin a esta situación amordazando al cóndor, depilando al león y retirándole con suavidad las púas a la hormiga. El quinto día, salvo una pequeña equivocación de mi parte, que coloqué la cabeza dentro de la boca del insecto creyendo que era el depilado, transcurrió sin novedades. El sexto me quedé sin criadero. Comprobé estupefacto que el león se me había cubierto de hormigas y que el cóndor, cual hoja que pende de rama marchita, que baten los vientos, las aguas y el sol, anunciaba su caída con temblores continuos. Desde entonces me dedico a la cría de animales más parejos y fáciles de alimentar, evitando los peligros de transformarme en proveedor de extrañas variedades de patos almeja, aves fénix y mono cotiledones.

★

En un discurso de Miguel de Andrea, pronunciado allá por el Centenario (no el parque) descubrí el siguiente pasaje:

Arquímedes había dicho: que se me dé una palanca y un punto de apoyo y daré una vuelta al mundo.



No entraré a discutir el texto exacto de las palabras de Arquímedes, pero me parece muy raro que al denigrado siracusano se le hubiera ocurrido de golpe y porrazo transformarse en un globe-trotter, un andarín o un raidista consuetudinario abandonando la rueda dentada, el tornillo sin fin y el sitio de Siracusa, y menos aún con una palanca al hombro y un punto de apoyo en el bolsillo izquierdo del himatión. Interpretando ahora en otra forma las falsas declaraciones de Arquímedes, es decir, que pretendía un punto de apoyo en cualquier planeta para levantar o mover el mundo a su antojo por medio de la palanca, dudo igualmente de los resultados, aunque el punto se encontrara en Marte y él fuera un Martiniano Leguizamón.

★

Cierto Mitrídates de repetición es poseedor de una sección titulada Créase o Nó, donde se expenden algunas milanesas fidedignas y otras adulteradas. En la correspondiente al día 5 de julio hallé el asombro que sigue:

Después de la cama, el tren es lo más seguro del mundo.

Y se agregaba:

El ferrocarril registra un promedio de un caso fatal por cada 11.824.296 kilómetros de recorrido.

Empezaré diciendo que como sistema de locomoción, no creo que la cama resulte de lo más adecuado, pues las pocas veces que yo la he tomado para dirigirme a cualquier parte, he logrado siempre ser el primero en llegar tarde. Si se tratara de la camilla, entonces aceptaría lo de sistema locomotivo, por más que tienen el inconveniente de su recorrido tan limitado y de la escasez de líneas en explotación. Hablando ahora de las estadísticas mortuorias, me parece que la cama es lo más fatal que se puede pedir, y tan es así, que, salvo algunas raras excepciones de botines puestos, todos los perecederos han colmado sus aspiraciones sobre el diván, el triclinio o la colchoneta. Hasta los más prudentes generales han encontrado el fin de sus días ligados al catre de campaña, ya debajo, ya encima de éste. No he tratado con todo esto de denigrar la catrera, ni nada por el estilo y menos en beneficio de las teorías ferrocarrileras del señor Ripley con las cuales estoy en completo desacuerdo. Ante todo, sospecho que dentro de la estadística milanesera se han omitido un sinnúmero de casos fatales producidos por la máquina de perforar boletos, por el cambio de horario, por el fogonero, por la punta de rieles, por la boletería, por el libro de quejas, por el coche comedor, por los asientos pullman y por la campana de alarma.

★

En La Novela Semanal del 9 de julio, aparece un artículo debido a cierto doctor Ruffie y dedicado a la cultura física para bebés. De este curso para nenúfares extraigo lo que sigue:

También es muy conveniente hacer marchar al niño a pequeños pasitos sobre el busto de una persona mayor, preferentemente su madre. Hay que dar al niño un fuerte punto de apoyo, tomándolo bien debajo de los bracitos. Se quedará sorprendido por el vigor que demuestra al realizar tal acrobacia. Tardará muy poco en caminar alegremente sobre la cara de la respectiva persona que, se entiende, está de pie al realizar ese ejercicio.

Se entiende que está de pie al realizar el ejercicio, pero yo entiendo también que estará de espaldas a los tres minutos y un quinto de haber comenzado el nenúfar a introducir el dedo gordo del pie derecho en el lagrimal izquierdo de la persona que hace de alfombra y que debe soportar las intromisiones del callo plantar en la retina, los paseos del talón por las amígdalas y el footing de los tobillos por los corretes nasales y el pabellón de la oreja zurda.

★

En El Hogar, del 6 de julio, se nos alecciona sobre las distintas formas de decoración y de interiores exóticos. He aquí una de las maneras de mandarnos un interior exótico dentro de la covacha, el alcázar, la torre, el cottage o la intemperie que nos sirve de alojamiento:

Unas cuantas raquetas colocadas sobre la pared con cierta gracia, unos remos dispuestos como recursos verticales de adorno, unas insignias deportivas estilizadas, unos mapas estilizados de los campos del golf nacionales, o unos gráficos simplistas de los grandes circuitos turísticos, o unos modelos de canoas, balandros o buques a vela... He aquí infinitos recursos para crear un interior exótico, raro, adecuado para personas jóvenes que viven intensamente la quietud de un deporte idolatrado.

Indudablemente que no debe omitirse una radiografía de piragua, el perfil de un encantador par de botines de football, la silueta siempre siempre agradable de un palo de golf, un yo-yó estilizado, un monopatín en tricromía, un mástil olímpico como ornamento horizontal, un bochín y dos bolitas sobre una panoplia azul, una escafandra sobre fondo gualda, un croquis a escala de las más frescas y deliciosas canchas de Son-Sun-Golf, un mapa turístico con los principales caminos que nos alejan de Villa Luro, una bandera idolatrada y, en fin, toda esa sarta de idioteces que hacen más aborrecible la hospitalaria vivienda del ranún con pantalones de golf.

★

En el Para Tí, del 19 de junio, me sucedió un cuento de César Carrizo que comenzaba así:

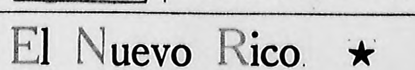
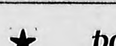
De sobremesa, en aquel hotel de las sierras cordobesas, había empezado la partida de juego. Damas y caballeros en un recio entrevero de fichas, peleaban con la suerte, con tan denuedo como los viejos centauros sobre el ángulo y los planos de las "cuchillas". La pasión del juego es absorbente, tanto como la política y el amor. Y es en la mesa de juego — aunque ello sea una paradoja — donde se transparentan a flor de los sentidos las almas próceres y los espíritus plebeyos, las gentes que cabalgan en alto corcel y los sujetos pedestres.

Dejando a parte las inconveniencias de que los tahures jueguen al tatetí, la brisca o el ludo como viejos centauros, me parece que no es sólo en los casinos, timbas y otros recreos, donde las personas que cabalgan en alto corcel llegan a diferenciarse de los sujetos pedestres. Claro está que en una tómbola, una kermesse o en una sala de juego es donde más se nota la presencia de la persona que se introduce montada en brioso camello, espeso elefante o traído a babucha por un esclavo negro. Si bien es cierto que no permaneco durante mucho tiempo en el interior del recinto, pues es rápidamente expulsado, por lo menos hace notar la diferencia que existe entre su alma prócer y los espíritus plebeyos.

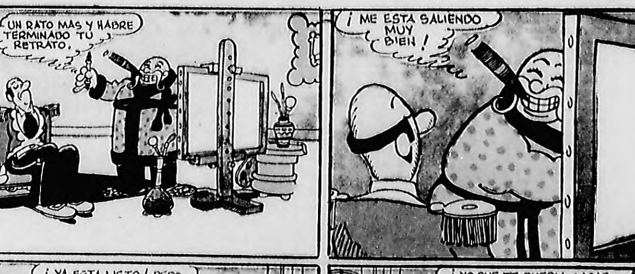


POR

ANIMULA VÀGULA

El Nuevo Rico ★ por H. Rodríguez













Una Infancia

EN el Uruguay, departamento de Colonia, en la parte que media entre Puerto del Sauce (hoy F. Lacaze) y la villa del Rosario, existe una zona próxima a las canteras del Minuano, de fertilísimas tierras, llamada Colonia Cosmopolita, donde un día de invierno recibí esa linda broma de la naturaleza: la vida.

En habitación llamada rancho, con piso y paredes de tierra y techo de paja brava o cortadera, mecieron mi cuna.

Más tarde la tierra, que llamo generosa, recompensó el trabajo de mis padres y hermanos mayores; la casa de material, largo tiempo soñada, se levantó próxima al rancho.

Durante mucho tiempo, el rancho se mantuvo en pie, prestando abrigo a las aves de cocariñosas habrán cubierto mi rral, y allí mismo ,donde manos cuerpo con ropas tan humildes como el rancho, muchas gallinas cobijaron bajo las alas los inquietos polluelos.

El ombú, no ofrece, como otros árboles, comodidades para colgar la hamaca, pero no por eso despreciábamos la hospitalidad del que crecía junto al rancho.

Llegamos a sacarle la corteza, en gran parte, a fuerza de trepar.

Por negligencia, o falta de medios, el Estado no tenía en las inmediaciones escuelas, falta que subsanó mi padre, cediendo gratuitamente una vieja habitación próxima a un camino vecinal, en la cual por ínfima suma, una maestra, cuyos conocimientos fueran quizá pequeños, pero grande su apremio por solventar sus necesidades, nos enseñó las primeras letras.

Veinte cuadras distaba la escuelita de nuestra casa, distancia que recorríamos a pie, juntándonos en el trayecto, con varios primos, en cuya casa vivía la mujer que con sus lecciones primeras representó para muchos una segunda madre.

POR

Juan Chiovino

■

ILUSTRACION DE

PASCUAL GUIDA

■

Ese trayecto, aunque largo, se hacía corto dada nuestra algarabía, como también porque se agregaba el placer de hallar nidos de cachilas u otros pajaritos, cuyos huevos tocábamos con el inocente propósito de comprobar su mayor o menor grado de calor.

Nos cuidábamos de sacarlos y menos destruirlos, temerosos de desobedecer los consejos de mi madre, que nos los daba en forma que luego contaré.

También hallábamos con frecuencia nidos con huevos color violeta, nidos que señalábamos en varias formas, a efecto de comprobar, día tras otro, si los pichones habían nacido.

Pero, ¡oh desilusión! de la violeta nidada de ayer, sólo hallábamos cáscaras abiertas, como cárceles que hubieran descorrido sus cerrojos para dar a sus prisioneros, la libertad.

Sin duda, la previsora madre de inmediato los trasladaba a otro lugar, a cubierto de sobresaltos.

Hasta para el campesino más avezado, resulta difícil hallar pichones de perdiz, y aun creo no se sabe a ciencia cierta, si la madre los proteje y cría un determinado tiempo, o en seguida de nacer los entrega a su destino.

Muchos teros, nos enseñaban los dardos de sus alas, que amenazan siempre, sin atacar nunca, para distraer nuestras miradas del sitio donde sus compañeras incuban; sitios, por lo demás, difíciles de hallar. Por esto los campesinos dicen: "el zonzo no encuentra huevos de tero".

En los meses de verano muchas víboras serpenteaban en nuestro camino.

El padre de mis primos era hermano del mío y sus casas se encontraban frente a frente, a un kilómetro de distancia, en tanto que las entradas a los campos sólo estaban separadas por un polvoriento camino, sin árbol que diera sombra.

Quedan a los niños recuerdos, que cuando grandes quisieran descifrar, pero cuanto más aguzan su ingenio en pos de la solución anhelada, más penetran en plena oscuridad.

Fué así, que yo quise saber porqué, mi padre y mi tío vivieron, como digo, vecinos muchos años, en absoluto distanciamiento y ambos cerraron los ojos por última vez sin llegar a la reconciliación.

Pero algo me intriga más: y es que ambos rivalizaban a cuál tenía hijos más sumisos, más atentos para cuando encontraban al tío enemigo de su padre, detener su cabalgadura, sacarse la gorra y, previos los "buenos días", oír la "bendición de tío", a lo que éste invariablemente contestaba: "Dios te dé su gracia".

Para el cumplimiento de este deber, no hacían distingos de sexo ni edad, pues jamás hubieran permitido que uno pudiese decir que el hijo del otro no cumplía lo dispuesto.

¿Qué buscaban? Como mortales, tenían sus diferencias pero, tras la loza que los aislaría del mundo, deseaban borrar entre sus hijos recuerdos poco gratos.

Pasaron los años y como queda dicho, los enemigos de antaño, se marcharon al mundo astral, donde se habrán encontrado y, en sus formas para nosotros ya invisibles, habrán borrado esas asperezas.

Mi abuelita, después de su viudez, se había retirado a vivir su ocaso, acompañada de una nieta, en una casa a la cual no rodeaban árboles, ni flores.

La abuelita y la joven eran acompañadas por aves y un perro llamado Teodoro.

Poco después la abuelita se enfermó gravemente: parientes, amigos, convecinos, con esa solidaridad tan común en la gente de campo, noche y día dábanse cita en la casa ante la cama de la enferma.

Entre los concurrentes se hallaba mi tía Graciana.

Esta buena señora llegó una noche, cuando la sombra provocadora de sobresaltos, envolvía los contornos de la casa.

Entró, vió la enferma, se colocó en sitio invisible para ésta, y, acto seguido, se palpó el pómulo con el índice, significando que las manchas lívidas de los ojos de la abuelita, demostraban que su fin estaba cercano.

Mas no bastó esto: salió afuera y, dirigiéndose a mi madre, allí próxima, la dijo: "escucha... llora el perro Teodoro".

Nombró así los perros de todo el vecindario: para su oído todos los perros ladraban, coincidiendo en el presagio. Luego continuó: "todo esto algo barrunta". ¿Oyes?... la lechuza chilla, va y viene; los patos caminan sin cesar, los gansos aletean..." A esto se agregaba poner las alpargatas en cruz, dadas vuelta, para silenciar los canes, amén de otras hechicerías que a los chicos grandemente azoraban y a los grandes sumían en meditaciones.

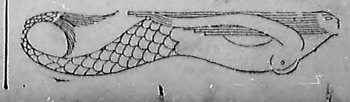
Confirmando la veracidad de los pronósticos de la tía, resultó que, a pesar del auxilio de un médico, la abuelita exhaló su último suspiro.

Mi madre fué de las que guiaron el primitivo arado en el departamento de Canelones.

No sabe leer ni escribir, pero es innato en ella el dar consejos saludables; así recibimos en cada palabra un consejo, en cada consejo un ejemplo, en cada ejemplo un recuerdo que marcó en la vida de cada uno rumbos muy certeros.

Muchas, muchísimas palabras oídas en mi niñez, las recuerdo hoy, como si fueran de ayer, y pienso con fundamento que para educar no siempre es necesaria la instrucción; mi madre sigue siendo para mí, madre incomparable.

Al cabo de tantas emociones terminó mi niñez, recibí ese lindo juguete de la necesidad: el trabajo, y entré de lleno en los caminos del mundo.



El Ciego en la Casa

POR

EDMUNDO MONTAGNE

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI





ERA poco antes del noventa. Existía entonces en Buenos Aires la llamada Recova de Monserrat, edificio que tomaba media cuadra de ancho, desde la calle Belgrano al callejón del Pecado. Tenía un corredor arriba, correspondiente al de la planta baja. En ambos, y sobre la plaza, abríanse las puertas y ventanas de las habitaciones, y todo asemejábase a un gran palomar puesto en el suelo.

En una de esas viviendas moraba doña María la Gallega, que alquilaba a Martina y sus muchos hijos las piezas delanteras. Salvado el patio de ladrillo, dos puertas decortábanse en un descascarado muro, correspondientes a una pieza grande, partida por un tabique de madera alto de un par de metros, que fuera de lona hasta la memorable noche en que cayó al suelo, rasgada la tela y roto el tirantillo a furibundos garrotazos de ciego. Lo de ciego no ha de ser tomado metafóricamente sino en parte, por haber sido descargados a oscuras. La otra parte de la expresión es legítima, pues un ciego capitaneó la garroteadura dirigida contra cierta invasión de escandalosos gatos, que, a pesar de tan prevenidos defensores, renovarían sus ataques hasta los días hoy muy lejanos en que una concienzuda e implacable demolición concluyera con la colonial recova.

Tal preferencia gatuna por el habitáculo de doña María la Gallega no tenía su explicación en las ratas, grandes casi como sus felinos enemigos, pues éstas chapeaban por lo común en las profundidades del excusado y se deslizaban en los albañales, tanto de aquella como de las demás moradas de la recova. La explicación consistía en que, en la casa, había venido a vivir un ciego; en que ese ciego era limosnero, y en que las limosnas no se las daban siempre en monedas de cobre, valor de uno, dos y cuatro centavos, sino también en carne, mucha carne: carne de vaca, carne de ternera, carne de cordero, que doña María, si le daban tiempo, metía en el barril de la salazón, y sino, dejaba colgada de ganchos y cordeles dentro de la pieza.

La dicha no suele ser advertida sino cuando se la pierde. La de los durmientes de aquella casa pertenecía a una época anteciegüista. Porque, hasta la llegada del ciego, ¿qué les había significado una que otra serenata de enamorados micifuses, o los combates librados por los mismos contra los formidables roedores, ahí, en el patio lunado o sombrío, a un par de metros de los catres?

Pero, a la sazón, era bien otra cosa. Con la llegada del vasco don Pedro, una nueva sensibilidad se había adueñado de los habitantes de la casa toda. El ciego no aguantaba pulgas, ni figurada ni realmente; menos aún gatos: gatos que saltasen al respiradero de la pieza y, desde allí, a los colgajos cárneos, haciendo a veces que contundentes huesos o pegajosas pulpas cayesen en la cabeza de los acostados. Al más leve ruido indicador de que el asalto se produciría, don Pedro ponía el grito en el cielo, con su acostumbrado y colérico "¡arrayúa!", y la alarma cundía. A este toque de a rebato, seguía un suplicante "¡válanos Dios!" de doña María, que trataba de hacerle por todos los medios grata la pensión al productivo ciego; un rebullir con barboteos de su hijo Salvador; un resoplido fuera de compás de su compañero de cama y marido, don Juan, tan paciente para dormir como para hacer de lazarillo a don Pedro, y un bélico apronte entusiasta de los tres mozos coterráneos de doña María, que pernoctaban tabique por medio, uno de los cuales, Antonio, gaitero profesional, se merecía el reconcentrado odio del ciego, a causa precisamente de su gaita; pues era opinión del privado de la vista que ese instrumento, que el mozo tocaba por las noches, producía un auténtico y magistral maullido, un lloriqueo prolongado de gata enamorada, más traedor de parranderos gatos, con la promesa de la carne del pecado, que ganchos y barril de salazón con la otra carne del natural alimento. Y este sentir de don Pedro, tan desfavorable a la gaita de Antonio, apenaba a doña María, quien lograba con los sones del pastoril instrumento, lo que Buenos Aires no podía darle de otro modo: revivir su vida de moza en la lejana y linda aldea nativa, hacia donde dijérase que habían regresado para siempre los colores de pintada manzana que de allí trajera veinte años antes.

Y se había hecho diestra en cazar a los felinos, que metía en una bolsa y daba a Tona, niña de diez años, o a Simón, de ocho, para que los llevasen lejos y los soltaran; porque jamás quiso guardarlos presos a fin de que alguno de sus paisanos le diera muerte, pues eso acarrearía desgracia.

En cuanto a los niños, vencían el miedo de tales transportes y soportaban los arañazos a través de la arpillera y los sobresaltos violentos del preso, con que a veces lograba evadirse a pocos pasos de la casa. Tanto valor se lo infundía la perspectiva de la paga que por cada gato acarreado había establecido doña María: un gran cobre de cuatro centavos, cuyo sol radiante era la materialización del contento de los chiquilines.

Cazados como a salto seguro de lebrel, en el patio, a la hora de la siesta, o cuando se prendían de alguna gran pieza de carne, medio metidos en el barril del cuarto, doña María había despachado de allí al barcino ágil de las mil travesuras ;al amarillo, viejazo, bigotudo, de las modorras de esfinge sobre el muro lindero; al blanco y negro de la vecina de arriba, que le valió de la misma una catapulta de insultos y el arrojo de basuras sobre sus ropas tendidas al sol. A buen número de gatos había hecho desaparecer la infatigable cazadora. Pero nunca imaginó que, antes de disminuir, esos animales aumentasen como habían aumentado. Cierto es que, al principio, los niños arrojaron algunos lo suficientemente cerca para que volviesen, temerosos de que se agotasen y no tuviesen motivos de cobrar más los codiciados cuatro centavos. Pero doña María sabía distinguir. Los gatos de ahora eran jóvenes, raudos, escurridizos. Ella los había visto crecer. Seguramente pertenecían a una nidada de año atrás, cuando la intrigaran ciertos gemiditos como de seres reciénnacidos, provenientes del otro lado del muro. Se había asomado entonces a ese pasaje sacrificado, y sólo había visto un amontonamiento de escombros y tachos de albañilería, y entre todo eso, muchos huesos, que los creyó reveladores de los robos que los animales le hacían, pero que habían correspondido, más que a tales robos, a la carne que la señora regalaba a doña Martina, y que ésta, desconfiando de su estado y en resguardo de la salud de sus familiares, tiraba, cuando no la veían, al otro lado de la casa.

No bien llegados doña Martina y los suyos a vivir en la recova, y de ello hacía ya un año, Simoncito habíase dedicado a explorar los contornos. En un extremo del gran baldío trasero, las aguas llovidas habían formado un lago que muchachos mayores navegaban a veces en improvisadas balsas. Una de las tardes en que, acompañado de Tona, Simoncito andaba por allí, el lago se hallaba tan solitario como el terreno. Absortos en aquella soledad soleada, iban los niños errantes. De pronto vieron que otro chico salvaba el derruído muro y venía hacia ellos portando en una mano cierto colgante atado. Era el Fonderito. Cuando se acercó, dijo:

—Mi mama me manda.

Y sin más, puso en el suelo el atado, lo abrió, sacó uno de los rebullentes objetos que contenía y lo tiró como una piedra, muy por lo alto, para que fuera a caer en medio de las distantes aguas. El proyectil, desde lo más elevado de la curva, lanzó un gemido que parecía el ruego de un niño de teta, y, en medio de la luz y del espacio, abrió cuatro patitas.

—¡Gatitos! — gritó a esto Simón, arrojándose sobre el Fonderito, quien, repitiendo "mi mama me manda", logró tirar un segundo mamoncito a las aguas.

—¡Dámelos!

Así diciendo, Simón se había puesto de un salto entre los gatos y el Fonderito, viendo lo cual, Tona, arrebatada por el mismo ímpetu, tomó el trapo por las cuatro puntas y se alejó con él como con un botín de guerra.

El Fonderito vió que su nuevo vecino se encendía de coraje y que otro tanto le pasaba a la hermana, dueña segura ya de la nidada. Comprendió que no se la habían disputado para tener el placer de ser ellos quienes, a su vez, arrojaran al lago los gatitos, y se fué retirando.

Metidos por un resquicio, esos pequeños seres gimientes fueron luego dejados detrás de la puerta posterior del pasaje cerrado, cubiertos por un tacho a medio tumbar. La madre los halló, y juzgando bueno y seguro el reparo, los crió allí, a sus pechos primero, y más tarde con la carne que traía de la casa de al lado, donde — ¡misterios de la existencia! — había venido a vivir un ciego que era tanto la providencia de los gatos como su más iracundo enemigo.

Doña Martina, la ocupante de las piezas delanteras, sentía inmensa compasión por don Pedro, pues, además de la causa de su ceguera, que la conocían algunos, estaba enterada de lo que nadie sabía en Buenos Aires: de la causa de una segunda gran desgracia caída sobre el infeliz: la de la separación con su mujer.

En la Banda Oriental, trabajando en una cantera, la explosión de un barreno había dejado ciego a don Pedro, quien padeció, más que de la falta de la vista, de su lastimado orgullo de hombre trabajador; pues se halló en el caso, que jamás había imaginado, de tener que vivir a expensas del producto de la plancha de su mujer y de su hija moza. Pero esto habría sido llevadero, por poco que ambas compañeras tratasen de alejarle sus escrúpulos. Lo que lo trastornó hasta en las más hondas raíces del ser, fué el enterarse a poco de que su esposa lo engañaba con otro. Quiso matarla. La hirió con un martillo en la cabeza. Su hija lo separó, llevándolo a vivir solo con ella; hasta que, casada, ideó don Pedro irse a Buenos Aires, aprovechando la partida de un conocido. Y aquí estaba ahora. Su amigo Juan Basterrechea lo acompañaba, y juntos recorrían por la mañana algunos barrios, tornando al mediodía con un centenar de monedas de cobre en los bolsillos y repleta la alforja de elementos de boca.

Alto y apretado de carnes don Pedro, rechoncho don Juan, sugerían la imagen de un Quijote ciego cuya lanza habíase transformado en báculo, y un Sancho que, tomándolo del brazo, le sirviese de lazarillo. Solamente eran iguales sus boinas oscuras.

Fumaba don Pedro en un pitito blanquísimo, largo, hecho como de tiza, la cánula fina y recta y el cazolín como un huevo de paloma tronchado que tuviera debajo un rabito. Pulcro y muy quebradizo, ese delicado objeto simbolizaba el carácter del ciego.

En el vestíbulo de la casa, siguiente al zaguán, doña Martina tenía sus hornallas, y daba por lo general las últimas revueltas a sus guisos cuando ciego y acompañante regresaban. Como entonces era raro que no oyera a doña María murmurar alguna pulla referente a lo "carjaditos que vendrían los señorines", aludiendo no a la mucha carne de que los cargaran en el mercado, sino a la mucha aceptación de copas convidadas por los almaceneros con un generoso "¡pasen a tomar algo!", la inquilina, condolida siempre de la suerte del ciego, preparaba sus consabidas frases hábilmente armonizadoras de todos los ánimos.

—Ya van viniendo — decía —. Ya vienen llegando San Juan y San Pedro. Aquí están. ¡Aquí los tenemos a los dos, a San Juan y San Pedro!...

Y el tono con que los recibía doña Martina era renovada prueba para don Pedro del afecto sincero de aquella buena señora que le escribía las cartas para la hija y cuyo muchacho mayor le hacía los giros de dinero para la misma.

La faz pálida y angulosa del ciego, enrojecida constantemente por un ensimismamiento sombrío, llenábase entonces de gozo, como si de golpe hubiese recogido la luz y el color de la plazuela que acababan de dejar a espaldas.

—Bay: buenos santos siendo nosotros — respondía.

Y así aludía, a su vez, como para disculparse de "los gajes" del oficio, a lo cargaditos de alcohol que en realidad venían.

★

El calor de diciembre, en esa calmosa noche de luna, no invitaba a ganar la habitación desde temprano. Pero don Juan lo hacía siempre, y ya roncaba, poco después de la cena, a pesar del diálogo entablado a través del tabique entre su mujer y Antonio.

El joven gaitero saldría el próximo domingo de romería, calle Buen Orden al Sur, hasta Barracas, sonando en su gaita el Himno



de Riego, acompañado por un tambor y seguido por los romeros. A propósito de esa fiesta campestre, evocaban la de la común "terriña" lejana.

—Ai, lelelo; i-ai lalalá — entonó doña María, para demostrar al joven que no ignoraba el "alalá" de amor picaresco al que él acababa de referirse. Y entonces Antonio se animó y lo cantó a voz en cuello:

"Se querés saber, neñina,
o que o teu amor será,
pregúntallo a flor do cardo
a noitiña de San Xuan."

—¡Demo de gaiteiro! — exclamó doña María, riendo como si le hicieran cosquillas.

Desde el patio vino hasta ellos un tremendo "¡arrayúa!", de esos con que don Pedro solía tocar a rebato.

Los dialogantes se preguntaron "por qué", puesto que, si bien unos gatos maullaban, lo hacían en la azotea.

Doña María se corrió hasta la puerta, y vió al ciego sentado al claro de luna, fumando su fino pitito blanco, hacia el que llevaba la mano temblorosa de grima.

Una rata y luego otra, se metieron en el excusado, y la gata tricolor, madre de la nidada histórica, contemplaba indiferente el desfile de los roedores desde el muro lindero.

Si por lo común estaba don Pedro preocupado, entonces lo estaba mucho más. La carta de su hija, que esa tarde le había leído doña Martina, lo enteraba de que su mujer se permitía gestionar ante la empresa de la cantera, una indemnización o pensión para ella, por la desgracia acaecida a su marido, pues que, debido a tal acaecimiento, "había quedado como viuda". Su "arrayúa" habría podido ser, en consecuencia, un arranque de indignación provocado por el descaro de su odiada esposa, en la que en ese momento pensaba. En cuanto a Antonio, por más que el ciego llamase "¡a los gatos!", no estaba dispuesto a secundarlo. Bromas a un lado, le fastidiaban ya los repulgos de don Pedro por la gaita, cuando él no los tenía por la carnaza que traía en su bolsa de pordiosero, única causa de la invasión de los felinos y aumento de los punzantes y crasos olores de la habitación.

Doña María, que estaba hecha el demonio, lo incitó, sin prudencia alguna, a que continuara por esa cuerda. Y él prosiguió, humorístico:

—O cego dice que os gatos namorados da azotea fan o eco a gaita.

—¡Demo de vasco! — reía doña María. Y percibiendo que el mozo descolgaba su instrumento del tabique:

—¡Sóprala, rapaz! — le dijo. — ¡Sona a gaitiña!

Comprendió Antonio que doña María deseaba para ella algo así como un anticipo de esa fiesta de Barracas en la cual no tomaría parte, y rompió con una muñeira que supo a gloria a su vecina, quien estuvo a punto de acompañarla con castañuelas y ponerse a bailar.

Pero la fatalidad quiso que en ese momento se trabase en el patio un combate entre algunos gatos, cansados de esperar el momento propicio para entrar a la habitación, y las ratas, que, más atrevidas, iban y venían de ella a placer.

Chillidos, fusfuces y revuelos de los combatientes en sus briosos agarres, pusieron de pie y en tensión a don Pedro, el temblor de cuyo pitito blanco, entre sus finos labios, indicaba el grado de su cólera. Había estado adivinando hacía rato el estallido de ese combate, que ahora se libraba ahí mismo, a sus plantas, pero que no lo hubiera irritado tanto a no producirse junto con el sonar desvergonzado de la gaita de Antonio, y a estos sones no se hubiese aumentado patentemente, como para estar de acuerdo con lo por él tantas veces advertido, el maullar lamentoso y trágico de los otros gatos de la azotea, en sus dúos de amor.

—¡Matar, concluir con todos! — vociferó don Pedro, moviéndose como para apartar a los bichos que momentos antes le habían volteado el palo que tenía recostado en la pared y al que deseaba tocar con los pies antes de agacharse a empuñarlo. — ¡Matar sin asco!

Y ya se había inclinado y levantaba en alto la vara, vibrante como todo él, cuando, tras un rugido estridente y un revolver furioso y viboresco, cayó sobre su cabeza, desde la azotea, un par de gatos electrizados.

Los animales del derrumbe arrebataron a su paso, e hicieron trizas contra el suelo, el encendido y humeante pito del ciego. A lo que éste rugió más que sus despojadores, trenzados y rebotantes todavía sobre los ladrillos, y contra los que arremetió a garrotazos.

—¡Arrayúa! ¡Mila demoniúa!

Acertó posiblemente a dar en ellos alguna de las tantas veces como descargó el arma. Pero siguió dando de palos a diestra y siniestra, aun cuando lo que caía al suelo, a tan menudeados golpes, aumentando con variedad de nuevos sonidos el concierto, no fuesen enemigos puestos fuera de combate, que ya ellos vociferaban alejados voluntariamente en las reganadas alturas, sino tachos y ollas de doña María y macetas florecientes de la buena señora secretaria del batallador.

Esta y otras vecinas, que abanicaban su plácido discurrir en el corredor de afuera, acudieron al lugar del batifondo sin atreverse a salvar el vestíbulo. Tampoco se movían de la pieza, en cuya puerta asomaban, don Juan y doña María, no fuese que aquel remolino de estacasos, cuyo enérgico centro era el enloquecido ciego, diese en tierra con ellos muertos o malheridos, ya que no con los gatos.

¿Y por qué no dejaba Antonio de sonar la gaita? ¿Cómo se explicaba que así prosiguiera con más aliento que nunca, sacando de odres y tubos aquella cuerda sin fin de aire lánguido y zumboso, que tenía de maullo y moscardoneo y que a veces se enrulaba, como si la sonora cuerda se retorciera aceitosamente, y, otras, seguía lisa, nostálgica y distante, como arrojada a la caza de un fugitivo ser espectral?

Misterio.

Al primer recobro de fuerzas intentado por parte de don Pedro, su amigo don Juan se le echó encima y lo abrazó, pudiendo reducirlo a sosiego gracias al vascuence, en cuya lengua le dirigió palabras suplicantes y reprensivas a la vez.

—¡Alabado sea Dios! — respiró doña María.

Pero esta exclamación debió repetirla muchas veces ,luego, desde la cama, a continuación de los "¡arrayúas!" soltados por el vasco desde su respectivo catre; pues Antonio, en el delirio del gusto que antes diera con su instrumento a doña María, y como para afirmar de una vez por todas que su gaita reinaba en la casa con los buenos auspicios de la dueña, no cesó durante horas de llenar de soñoliento zumbido y firuleteados maullos el espacio de la caldeada habitación, hasta que allá, por las dos de la madrugada, el último "¡alabado sea Dios!" subrayó el hecho de que el mozo colgase la gaita en el tabique, detrás mismo del lecho del mohino y requemado ciego.

★

El alegre comentario de los cocheros que detenían sus vehículos en la plaza, esparció por las fondas de la recova y en el vecindario todo, la noticia de que a Antonio González le habían robado la gaita.

—¡Por fin se va a reir el ciego!

Eran las once de la mañana cuando Antonio había ido en busca del vigilante. Dió con el mismo que procediera el año anterior a propósito del ratero a quien doña Martina había visto disparar y que se llevó de la pieza un reloj descompuesto y unos botones de cobre, dejando milagrosamente sin tocar un pantalón en que Antonio tenía algunos pesos.

—Debe ser el ratero ese, amigo, que se aprovecha de su sueño pesado — le respondió el vigilante, desentendiéndose de la tarea de averiguar a los vecinos inmediatos, entre quienes el robado pretendía que esta vez se hallaba el ladrón.

—¡Levárame o diablo! — exclamaba doña María, alarmadísima ante la posibilidad de tan grave complicación. — ¡Mal pensado de rapaz! — agregaba por Antonio.

El representante de la autoridad se fué. Que el damnificado hiciese, si lo deseaba, una exposición en forma, pero en la comisaría. El se volvía a su esquina y daría parte al superior de ronda.

Quien quedó en la casa con el escozor de una mortificante sospecha fué doña Martina, porque esa mañana sus chicos Tona y Simón fueron llamados misteriosamente por el ciego, el que les entregó un bulto, como solía hacerlo doña María con los gatos: sólo que nada se sacudía ni maullaba dentro.

—¿Qué llevaron ustedes? — les preguntó, cuando estuvieron de vuelta.

—Un gato muerto.

—¡Hum! — Habría más de uno: era grande el bulto.

—Nosotros no sabemos.

—Y ¿dónde lo echaron?

—En el hueco.

No conformaron estas respuestas a doña Martina. Si es que don Pedro había dado muerte, con sus tremendos garrotazos de esa noche, a algún animal, ¿cómo es que él, siendo ciego, era el único que lo había visto? Y ¿por qué habría de alejar el cadáver con tanta prisa y sigilo? ¿Acaso porque el matar a un gato trae desgracia, según el sentir del ama?

Doña Martina no esperó más. Se asomó varias veces a la puerta, hasta que dió a un muchacho del barrio el encargo de buscarle en el hueco el bulto misterioso.

Vanamente registró el muchacho, en el charco y en tierra, el indicado lugar. Y en la casa fué pasado ese mediodía sin regreso de ciego y lazarillo, lo que dió pábulo al gaitero para aludir más que nunca al maldecido vasco.

Ni el apenado músico ni la desconcertada doña María imaginarían que el mismo asunto habría de tener en ascuas a la vecina delantera. Y así estuvo hasta que vinieron los niños de la escuela. Entonces los llamó a solas, y, antes de que les empezara a hablar, la niña le declaró:

—Todos dicen que a Antonio le robaron la gaita.

—¡Todos! — repitió Simón.

—¡Sinvergüenzas! ¡Y ustedes se hacen los que no saben nada! ¡Inmediatamente vayan al hueco y traigan el bulto que les dió esta mañana don Pedro! Tráiganlo, o, sino, el comisario, que va a venir dentro de un momento, se los llevará presos. Y yo no iré a sacarlos. Se pudrirán los dos en el calabozo.

Enrojecieron los hermanitos del sofoconazo. Como si con la devolución del bulto habrían de devolver, asimismo, las tortas guarangas que tenían en el bolsillo, compradas con los últimos cobres de la pingüe paga del ciego, sacáronlas durante el corto viaje y fuéronselas engullendo.

El bulto de esa mañana no había sido echado en cualquier parte. Tona, intuitiva, y augurándose con eso tan buena suerte como cuando dejaron los gatitos, lo había puesto en el mismo agujero de la puerta sacrificada del pasaje, a pocos metros, por lo tanto, de la casa.

Doña Martina recibió el bulto. Viendo que sus hijos traían la cara embadurnada con el azúcar negra de las tortas, comprendió que no necesitaban merienda.

—¡Vayan a jugar un rato a la plaza! — les dijo, despidiéndolos.

Sola, encerrada en la pieza, abrió el atado, y vió que, entre un barullo de disimuladora arpillera, contenía la gaita.

Aquella malhadada noche, el afán de venganza había podido tanto en el ánimo del ciego, que lo llevó, doblemente enceguecido, pero con seguro tacto, a pasar la mano por encima del tabique y soliviar de ese modo el gatuno instrumento.

La demora de ciego y lazarillo fuera de casa, confirmando en su creencia al mozo gaitero, decidíalo a hacer la denuncia en la comisaría. Con ese fin cruzaba ya el patio e iba a salir, cuando doña Martina lo atrajo y se lo encerró con ella.

—Me va a prometer usted no averiguar quién le robó la gaita y yo se la devolveré — le dijo, de sopetón.

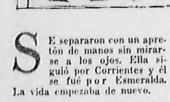
Aunque maravillado, Antonio quiso cuestionar. Pero su contento crecía a la idea de recobrar su gaita; por lo que le juró a la buena señora todo cuanto quiso, y era que no averiguaría quién fué el ladrón; que no se vengaría si llegaba a saberlo, y que, de ese día en adelante, tocaría el instrumento solamente por las mañanas, si es que lo tocaba.

Y lo tocó. ¡Bien que tenía que hacerlo, para no perder su habilidad y con ella su fama!

Y de esa suerte fué cómo no reprodujo ya el martirio de los durmientes de la recova, y cómo, por el contrario, operó el milagro de dar contento a doña María, deleitada más que nunca en sus sones, y de darlo, al mismo tiempo, al ciego, porque no los oía, paseando como se hallaba, a esas horas, del brazo de su pachorriento amigo, para efectuar la habitual colecta de tintineantes centavos, carnes frescas y ardientes copas...



Una Sinfonía Tonta



SE separaron con un apretón de manos sin mirarse a los ojos. Ella siguió por Corrientes y él se fué por Esmeralda. La vida empezaba de nuevo.

Vivía un poco alejado de todos porque todos lo habían traicionado. Algunos en su fe, otros en su confianza; los menos en el respeto.

Caminaba obsesionado, indiferente al affiche callejero. Y las cuadras se fueron sucediendo con la misma obsesionante preocupación: tal vez algún día podría jactarse de una soledad perfecta. Ahora sólo le preocupaba partir. Alejarse.

Buenos Aires ya había satisfecho una por una todas sus ambiciones y quería irse. Lo habían hastiado los hoteles de un peso y las cenas sin apetito en los fondines baratos con cantos en coro.

Todo le molestaba: la tolerancia de su familia, el cerebralismo de sus amigos; la indiferencia de sí mismo. Unicamente su novia le compensaba de toda esa porquería. Y decidió también romper con ella.

Caminaban por Corrientes.

—Será mejor que no nos veamos más.

—¡Pero vos estás loco¡

—!Tal vez¡

En el fondo sentía rabia por su cobardía. Le huía a la felicidad, pero él sabía que no la merecía.

—Créeme que será la única salida. Así no vamos a ninguna parte..

—Pero yo te quiero...

—Ya te acostumbrarás.

Se separaron con un apretón de manos sin mirarse a los ojos. Ella siguió por Corrientes. El seguía caminando por Esmeralda.

★

Su vida había sido una línea recta, primero con los demás, para poder ser así consigo mismo. Pero la vida de los demás le había emporcado el alma y no sabía vivir porque no quería adaptarse. Sentía asco por sus amigos que escalaban posiciones rematándose todos los días. Podía explicar la historia turbia de cada uno: aquél viviendo del flanco de su mujer; aquél otro ocupando un puesto en un diario por razones de alcoba; aquél enriquecido al margen del Código de Comercio; aquél, Primer Premio Municipal con incubadora de Curia.

Y siempre la obsesión de partir, alejarse, buscar otras ciudades, pensar en otro idioma.

Sintió que le abrazaban.

—!Cómo te va¡

Era un amigo que hacía tres años no veía. Entraron en un café. Tres años sin verse y parecía ayer. Las preguntas vertiginosas no explicaron nada.

—¿Qué es de tu vida, qué contás?

¡Qué podía explicarle de su vida! No lo comprendería. Y pensó que antes se veían todos los días, por costumbre; como toda la vida: por costumbre. ¡Bah!...

Lo encontraba igual que antes: sin preocupaciones, tranquilo, con la misma ropa, la misma corbata, su mismo afán por lo trivial.

—¿Te casaste?

—No.

—Y tu novia; aquella muchacha; ¿cómo se llamaba?

Quiso decirle la verdad, que recién la había dejado para siempre, pero le pareció muchó trabajo.

—Se murió.

—Ah... si...

Se despidieron.

—Hocete ver, hablame por teléfono.

—Si, un día de estos arreglamos y cenamos juntos.

Estaba seguro de que no lo vería más.

—Hacete ver, hablame por teléfono". Francamente la vida era una porquería.

Recordaba otras vidas.

Había trabajado en una casa de comercio. De esto hacía tan poco tiempo que casi no se acordaba.

Había tres crápulas que la dragoneaban de titulares.

El más viejo era alto, de cara atoronjada, y dientes paleta. Era el cretino personificado. Se creía insustituible y era un imbécil con cuello limpio. Recordaba su andar mastodóntico y una de sus íntimas satisfacciones era la poca beligerancia que le había dado.

Los otros dos eran dos idiotas con ripolín. El más viejo usaba unos cuellos duros fantasmagóricos y caminaba como el ratón Mickey. El otro, con los brazos en ángulo recto, siempre estaba convaleciente de alguna enfermedad imaginaria.

Recordaba la transcendencia pedantesca de aquel ambiente de cretinos con mucha plata en los Bonos Fructíferos, y se reía solo.

Pero la imaginación, fiel a su destino, matizaba aquellos recuerdos ridículamente ingratos con las horas amables con los compañeros de oficina. La excepción a la regla era el gerente: 90 kilos de atletismo leyendo "El Gráfico" todas las semanas. Pensó que todavía estaría sentado en el mismo banco, frente al mismo escritorio, escribiendo con la misma lapicera, respetando el mismo horario, desfosforizándose en los mismos cálculos, y sintió un placer sádico por su vida distinta, desapegado a todo lo transcendente, rabiosamente antisentimental.

★

Ahora vivía en el suburbio. ¡Quién no tuvo una novia en el suburbio!

Se habían conocido en una fiesta vulgar. Y el patio emparrado, frente al asombro de los más, había sido testigo mudo de aquel primer encuentro.

La recordaba sin rencor. Pensó que debía buscarla y olvidar así la prestancia de su nombre: Marta. Vivir de nuevo, aferrado a la vida, consumiéndose un poco todos los días y echando a perder todo el encanto de las primeras horas. Pero tuvo miedo de que fuera distinta, de que tal vez no la recordara y prefirió pensar en otra cosa.

★

Ahora era un chiquillo de guardapolvo blanco que iba a la escuela. Quería estudiar. Aquella maestra de 4o. grado se lo repetía con una insistencia de martillo. Hay que estudiar mucho; estudiar siempre; todos los días. Aún después de haber encuadrado el título...

¡Pobre maestra de cuarto grado! No hacía muchos días la había encontrado por una calle del centro, vieja, flaca, mal vestida, con la mirada perdida. No la reconoció al primer instante. Se acercó, para saludarla.

—Retírese.

—He sido alumno suyo. ¿No me recuerda?

Lo miró fijamente sin poder eliminar sus pensamientos. Hubo un silencio de tráfico.

—No sé, no importa, déjeme tranquila...

Ahora se reía pensando que se había solidarizado con su angustia. ¡Qué le importaba a él que su maestra de 4o. grado viviera angustiada! Que se arreglara sola. Como se arreglaba él. Como debían arreglarse todos. Al prójimo hay que darle sólo alegría. Lo demás es un cuento chino.

Y siempre la obsesión de partir. Partir de uno mismo, que es lo más difícil.

Un día se fué. Como se van muchos y como se irán muchos cualquier día de mañana. No le tenía miedo a la vida y era consciente de su destino. Era para otros la tranquilidad, los días eternamente iguales, la consuetudinaria vuelta que aburguesa.

En el puerto lo despidieron cuatro amigos indecorosos y se hizo una palabra en el recuerdo.

■

Por

Victor Luis Molinari

Ilustración de Güida

Peloponeso y Jazmín ★ por Hamlim



















